

DON QUIJOTE
CON FALDAS;
ó
PERJUICIOS MORALES
DE LAS DISPARATADAS NOVELAS;
ESCRITO EN INGLÉS,

SIN NOMBRE DE AUTOR;

Y EN CASTELLANO

*POR DON BERNARDO MARÍA DE CALZADA,
TENIENTE CORONEL DE LOS REALES
EXERCITOS, É INDIVIDUO DE VARIOS
CUERPOS LITERARIOS.*

TOMO PRIMERO.

CON PERMISO.

456604
POR FUENTENEbro Y COMPAÑIA.

1808.

6
DON QUINOT
CON FALDAS
DE LAS DISCRETAS MORALES
ESCRITO EN INGLES
SIN NOMBRE DE AUTOR

T EN CASTELLANO
DE DON ANTONIO MARIANO DE FIGUEROA
TRADUCCION DE DON ANTONIO MARIANO DE FIGUEROA
CORRECCION DE DON ANTONIO MARIANO DE FIGUEROA

TOMO PRIMERO
CON PERMISO
POR FUENTEBURO Y COMPANIA
1802

EL TRADUCTOR

Á LOS LECTORES.

Las Novelas Inglesas
tienen aceptación tan cons-
tante, que basta serlo para
grangearse reputacion; pe-

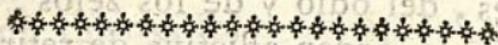
ro no quiero decir con esto
que todos los Novelistas In-
gleses sean FYELDINGS ni
RICHARDSONS.

Pintan , en general , con
menos delicadeza que otros;
pero sus quadros son mas
sencillos , mas variados , mas
verdaderos , y de mas im-
portancia , aunque , á veces,
sobradamente cargados de
menudencias.

La obra que doy á luz
es de un género extraño , y

me atrevo á esperar que
agradará, quando no sea mas
que por su singularidad mis-
ma. La encuentro, no obs-
tante, el defecto principal
de que crítica algunas nove-
las, cuya lectura ya no es
peligrosa, como la de va-
rias que corren en nuestros
dias. Pero, como quiera que
sea, se trata de una seño-
rita inglesa, nacida en un
parage retirado, distante de
toda suerte de sociedad, sin

mencionados libros heroicos,
(cuyas ideas gigantescas é
impracticables se propuso
adoptar, á imitacion de nues-
tro Don Quijote famosísimo,
no parece que la sienta mal
llamarla *Don Quijote con
Faldas*, título con que se
anuncia al público esta obra.



DON QUIJOTE CON FALDAS,

6

ARABELA.

CAPITULO PRIMERO.

*Idea de la Corte, y educacion de una
muger á la moda.*

El Marqués de... fué, por mucho tiempo, Privado del Rey de Inglaterra. Como tal tuvo poderosos enemigos, que se reunieron para acelerar su caída. Víctima,

T. I.

I

pues, del ódio y de los zelos, recibió la órden afflictiva de retirarse de la Corte.

Su misma altivez le dió auxilios para ocultar su dolor; y comportándose mas como cortesano que renunciaba su autoridad, que como palaciego desterrado de la Corte, le pareció que con aquello triunfaba suficientemente de sus contrarios, y se mostró insensible á los tiros que lanzó contra él la malignidad.

Aumentóse de tal modo su interna mortificación con las ocasiones que tuvo de observar la baxeza é ingratitude de los hombres, que determinó renunciar totalmente á su trato, y consagrar á la soledad lo restante de su vida.

Eligió para su retiro una Quinta que tenia muy distante de la

capital , situada á la inmediacion de un lugarcillo.

Las entradas y alamedas de aquel campestre asilo eran notables , por no haberse empleado en ellas el arte mas que para darlas una apariencia muy agreste. Pero no así la Quinta , que nada tenia de sencillo , pues en todo se veia el sello del gusto mas fino. Su arquitectura era bellissima , y la magnificencia de las habitaciones correspondia á la clase y á las riquezas del propietario.

Mientras todo se preparaba para el recibimiento del Marques , puso los ojos (aunque ya muy entrado en años) sobre una joven , inferior á él ciertamente ; pero cuyo talento y hermosura le prometian una compañera muy de su gusto. Efectuóse el matrimonio despues de cortos preliminares ; y,

sin mas diferirlo , llevó el Marques á su nueva esposa á la casa de campo , que estaba resuelto á habitar mientras viviese. Para seguir el plan de vida que se habia formado , dividió su tiempo entre la compañía de su muger, su biblioteca (que era numerosa) y su jardin : cazaba tambien ; pero siempre solo , porque su aborrecimiento á los hombres lo hizo tan inaccesible , que ningun caballero de la comarca intentó buscar su trato.

Parió su muger al segundo año de su matrimonio una niña , y murió tres dias despues. Afligidísimo quedó el Marques de su pérdida ; y luego que el tiempo enxugó sus lágrimas , puso todo el amor en su hija llamada Arabela : ésta era su única ocupacion , y la felicidad de su vida. Ya que tuvo qua-

tro años la destinó criadas ; pero las encargó que no se metiesen de modo alguno en su educacion.

En pocos meses aprendió la niña á leer y escribir ; y como manifestase , conforme iba creciendo , singulares disposiciones para las artes y ciencias , resolvió el padre cultivar sus talentos cuidadosamente para hacer (así se explicaba impelido del paternal amor) su alma tan hermosa como su cuerpo.

Y en efecto , habiala dado naturaleza una graciosísima persona , un talle suelto y delicado , una voz suave y expresiva , un porte noble y decoroso , una concepcion pronta , una memoria feliz , y un talento admirable. Todas estas prendas lograron aumentos con los auxilios del arte. Traxeronla maestros de la capital , y estos

desarrollaron á porfia los gérmenes de infinitas habilidades y conocimientos.

Desde su infancia dió á ver Arabela muchísima afición á la lectura : esto agradó en extremo á su padre , y la permitió muy luego el uso de su biblioteca , en la que, por desgracia , habia gran número de novelas modernas y antiguas, y , por mayor desgracia todavía, malditamente traducidas todas.

La Marquesa, su madre, compró estos libros para distraerse en sus ratos de fastidio, que eran frequentísimos.... Pasaron á las manos de Arabela , y ésta hizo primero de ellos su estudio único , y despues los adoptó por pinturas verdaderas de la humanidad ; como separada del mundo , privada de los recursos sociables , y sin otra conversacion que la de

un padre anciano , flemático y melancólico , se fraguó un sistema de heroísmo por los retratos cargados de las novelas de Magdalena Scuderi. Habíala dicho el espejo que era hermosa ; y esta declaración contribuyó á hacerla infeliz , porque la idea de la hermosura estaba unida en su ánimo á la de raptó y persecucion. Se modeló sobre las heroínas ; adoptó su lenguaje ; no vió la virtud sino allá en un sublime inaccesible ; buscó lo maravilloso en las acciones mas sencillas ; y , en fin , entregó su vida al temor , á la inquietud , y á mil tormentos , cuyas consécuencias se verán en el curso de su historia.

CAPÍTULO II.

Descripcion del vestido de una muger de moda, y principio de una aventura, que parece que promete mucho.

Entaba Arabela en los diez y siete años de su edad, con la imaginacion, que era vivísima, ya ocupada de ideas novelescas. Pasanse en silencio los sucesos de su infancia, porque nada tienen de importante. Comenzaba á padecer su amor propio de no tener mas admiradores que unas gentes groseras; y nada la mortificaba tanto como el que sus atractivos estuviesen ignorados.

La casualidad traxo por allí á un extranjero, cuyo concepto podia lisongear su vanidad: era

un jóven ayroso, y de bello personal : llegaba de Lóndres con intencion de pasar algun tiempo en casa de un pariente que tenia en aquella vecindad. La primera vista recíproca se verificó en la iglesia donde Arabela oia misa los domingos. Llegó antes el extranjerero, y pasó indiferentemente la vista por todas las mozas aldeanas; pero así que se presentó Arabela, tuvo mucho que violentarse para ocultar la impresion que la hizo. Tambien nuestra heroyna, por su parte, sintió una fortísima conmocion al aspecto *de un hombre* de mundo, y conoció los movimientos de su amor propio. Atravesó por entre una turba de aldeanos y de aldeanas, ridiculamente respetuosos, recibió con dignidad sus homenages, y fué á sentarse en un sillón de terciopelo ri-

camente adornado.

Hervey (así se llamaba el jóven) quedó prendado de la hermosura de Arabela ; pero notó , con admiracion , el modo extraño con que iba vestida : su garganta de alabastro , y todas las proporciones de su persona , se presentaban ventajosamente á la vista : llevaba aquel dia una sultana muy ceñida al cuerpo , y unida por delante con una presilla de rubíes : sus cabellos , negros como el ébano , ondeaban sobre su cuello en rizos desiguales , y formaban varias trenzas graciosamente distribuidas : su peynado era una especie de velo transparente , de que se servia quando la miraban con sobrada atencion. Nunca le fué aquel mueble tan necesario como entonces. Los ojos de Hervey se fixaron en ella , y acabada la misa , se informó in-

mediatamente del nombre, y de las circunstancias de aquella hermosa muger. Mucha fué su sorpresa así que supo que era hija del famoso Marques de... No podia comprender por qué aquel Señor retirado de la Corte ocultaba en la obscuridad á una jóven muy capáz de defender su causa delante del Rey.

V Llegado á casa de su pariente, expresó su admiracion de manera, que no dexó duda de la impresion que Arabela habia hecho en su alma: su primo le dió mucha vaya; pero le añadió, con seriedad, que si amaba á aquella señorita, no le parecia imposible entablar con ella una correspondencia de afecto. "Tanto tiempo há que está cautiva, continuó diciendo, que no debe ser difícil hacerla desear la libertad baxo la máscara

del matrimonio : ninguno hasta ahora la ha hablado de amor , y es probable que el primero que se presente consiga agradarla.”

Aunque Hervey se persuadió dificultosamente á que su primo le propusiese de buena fé el obséquiar á la hija de un hombre de la primera distincion, y única heredera de inmensos bienes, con todo , admitió el consejo gustoso , y se determinó á aventurar algunas tentativas ; pero como no quiso exponerse al disgusto de verse ridiculizado , tomó el partido de ocultar sus intenciones.

CAPÍTULO III.

Continuacion de la aventura.

Entretanto Arabela no cesaba de pensar en su aventura: no se la apartaba de su imaginacion el extranjero: su persona, su trage, y sus penetrantes miradas, todo la daba á creer que era un hombre de muy distinguida clase atraido y prendado de su mérito. Aguardaba de dia en dia tener pruebas de su pasion, y revolvía en su pensamiento el modo con que habia de recibirlas.

Así que Arabela regresó á su casa, corrió á su quarto á entregarse, sin obstáculos, á sus dulces meditaciones. Llamó, siguiendo el estilo de las heroínas, á su confidenta, ó para servirme de sus

expresiones , á la depositaria de sus mas ocultos pensamientos.

„Querida Lucía , la preguntó , ¿observaste en la iglesia aquel bello extranjero que nos miró tanto?„ Lucía , á pesar de su sencillez , conoció que aquel era el caso de adular , y respondió , que sin duda nunca habria visto otra muger tan hermosa como ella. „No tengo la hermosura que me supones ; pero como estaba circundada de gentes rústicas , pude , acaso , parecer bella : no obstante , prosiguió con gravedad , por si aquel extranjero se atreviese á entablar pretensiones á mi corazon , te prohibo , baxo pena de mi desagrado , el encargarte de los mensajes ó cartas que sus deseos indiscretos pudieran dirigirme : te ofrecerá , sin duda , regalos : guárdate de recibirlos , porque eso sería vender

tu fidelidad , y un delito que...
pero no te creo capaz de tal.»,

Lucía , que recogió la primera idea de lo que podia esperar de los amantes de su ama , se graduó de sugeto de mas importancia de lo que ella creia : vió con gusto que su puesto de confidenta podia ser lucrativo , y prometió la obediencia solo de boca. Pasáronse ocho dias sin que Arabela oyesse hablar del extrangero : admirábase sumamente de ello , y preguntaba diariamente á Lucía para saber quando intentaban corromperla.

Hervey empleó todo aquel tiempo en buscar medios para conocer á Arabela. La conquista de aquella hermosura la parecia infalible , si hallaba ocasion de hablarla , porque él tenia altísima idea de su persona y de su mérito.

Las reflexiones de su primo no se le apartaban de la memoria: agradables esperanzas lisongeaban su orgullo; pero el apego del Marques á la soledad, y la aspereza de su carácter, hacian su acceso tan difícil, que Hervey solia desesperar de conseguir su intento. Una tarde, que volvía de cazar, se encontró con un labrador, á quien hizo mañosamente preguntas sobre el Marques, cuyos soberbios jardines se presentaban á cierta distancia. Dixole el mozo, que él era hermano de una de las criadas de Arabela, y le dió señas de toda su casa, tales quales las habia recibido de su hermana Lucía.

Contentísimo quedó Hervey de haber encontrado, por acaso, con alguno que pudiera servirlo; y así le mostró grandísimo deseo de continuar su trato; y baxo pre-

texto de tomar lecciones de agricultura, iba á verlo á menudo. Lucía era el objeto de sus visitas. Pasaron muchos dias antes de encontrarse con ella; pero la encontró por fin.

Conoció á Hervey la sencilla confidenta; se avergonzó acordándose de los encargos de su ama; y no se sorprendió de las tentativas de Hervey para hablarla á parte. Quando iba á hacerlo, se le anticipó Lucía diciendole, que la estaba prohibido encargarse de mensajes ni de cartas, baxo pena de disgustar... „Suplicoos, señor, añadió Lucía, que no seduzcáis mi fidelidad, porque no me atrevo á desobedecer.” Admirado Hervey de lo que oia, no supo qué pensar; pero, despues de una corta reflexion, atribuyó á grosera astucia lo que no era mas que

efecto de sencillez. Dió á Lucía dos guineas pidiéndola que intentase desobedecer á su señora, entregándola una carta de su parte, y la prometió mayores recompensas si cumplia bien con su encargo.

Lucia puso algunas dificultades; pero, no determinándose á reusar el primer regalo de aquella especie que la habian hecho en su vida, consintió en encargarse de la carta, recibió las dos guineas, y dexó solo á Hervey, despues de que su hermano le hubo dado lo necesario para escribir.

CAPÍTULO IV.

Comentario muy extraño sobre un hecho naturalísimo, y acto de humanidad de parte de una dama.

Hervey entendia poco de estilo epistolar, y no sabia cómo hacerlo para escribir á una señorita de la clase de Arabela; pero imaginándose que no eran necesarias muchas precauciones, ni gran talento para hacer declaracion de amor á una persona criada en el campo, que no podia menos de aplaudir las empresas de un mozo como él; se resolvió á decir-la claritamente que la adoraba, y que la pedia le proporcionase ocasion de rendirla sus obsequios.

Recibió Lucía la carta con mas

repugnancia que las dos guineas; ofreció entregarla al instante ; y no cumplió su palabra. Pero se la entregó á su ama al cabo de algunos dias , diciendola , con grandísima cortedad y empacho , que era de aquel señor que habia visto en la iglesia.

Una alegría oculta sonroseó involuntariamente á Arabela ; pero , queriendose portar con método , riñó severamente á su criada el haberse encargado de semejante comision. „ ; Devuelve esa carta , la dixo , al atrevido mortal que la escribió , y sepa que su insolencia me ha ofendido ! ”

Miraba Arabela la carta con ojos deseosos de leerla : Lucía lo conoció , y se estuvo quieta , esperanzada en que su ama mudaría de resolucion.

Estuvo , á la verdad , indecisa,

y recapituló infinitas situaciones novelescas para compararlas á la suya ; mas como no hallase ejemplos de que una heroína hubiese abierto la carta de un amante incógnito , reiteró su mandato , con tono tan seco y positivo , que la pobre Lucía , creyendo á su señora verdaderamente enojada , prometió temblando reparar al instante su falta.

Hallábase Hervey inquieto con el silencio de Arabela , y se puso á mirar al espejo , porque su suficiencia no le permitia ni aun el imaginar que una carta escrita por su mano pudiese ser mal recibida. Por fin , vió llegar á Lucía , saliéndola al encuentro con el alborozo de un amante feliz , recibió su propia carta creyendola respuesta , la besó muchas veces , y rompió la neta precipitadamente. Al

mirar su letra , quedáronse los ojos fixos en ella ; y su confusion, su embarazo , y los gestos involuntarios que hizo , compusieron una pantomima original ; pero, despues de bien reflexionado , tomó el partido de chancearse sobre aquella aventura con Lucía, la qual solo aguardaba para reir el poderlo hacer con libertad.

Pero finalizó la escena la curiosidad de saber si se habia entregado la carta , y por qué acaso volvía á su mano. Lucía le contó con puntualidad quanto habia pasado. El desagradable principio no desanimó á Hervey : determinóse á segunda tentativa , y se volvió á casa del pariente para buscar nuevos medios.

Arabela creyó que la devolucion de la carta iba á producir efectos maravillosos , y aguarda-

ba con impaciencia á Lucía para que la contára el resultado; y como notase que no se apresuraba mucho á darla cuenta de su mensaje, la preguntó ¿si se habian executado sus órdenes? y obtuvo un *sí* muy seco por respuesta. — ¿Cómo ha recibido la carta? ¿Con despecho sin duda? — No, señora: creyó que era una respuesta vuestra, y la besó mil veces fuera de sí. — ¡Extravagante! ¿Y puedes imaginar que haya tenido la audacia de creer que yo respondia á su carta? La besó porque supuso que habia estado en mis manos; y no dudo de que mi desprecio lo conduzca á una desesperacion.”

Arabela estaba muy persuadida de que su nuevo amante se hallaba en un estado cruelísimo, y Lucía trabajaba quanto era dable

para consolarla. — Nada hay que temer, ama mia, porque ambos hemos reido á mas no poder. — ¿Lo vistes reir? — ¿Pues no? sí, señora. — ¡Ah! Ya caygo... Tenia perturbado el juicio: ¡amante desgraciado! sobradamente castigado estás de tu osadía... No, no añadiré el resentimiento al menosprecio... „Puedes decirle, Lucía, que no soy tan cruel que me muestre insensible á su pena, y que le mando que viva, si puede, sin esperanza.”

CAPÍTULO V.

Aunque terminada la aventura, parece que todavia promete algo.

Lucía empezaba á creer que habia en aquel asunto mas de lo que ella imaginó primeramente.

Hervey no la habia parecido enfermo ; mas era tanta la confianza que en su ama tenia , que se determinó á llevarle inmediatamente el recado. Fué á casa de su hermano pensando hallar allí á Hervey : no lo encontró , y lo envió á llamar. Guillelmo (así se nombraba el hermano) admitido á la confianza, pensó que habia que dar alguna buena noticia , y no se descuidó en la diligencia. Supo que Hervey estaba en cama , y que no queria ver á nadie. Aquella nueva espantó á Lucía , y dió parte á Guillelmo de sus inquietudes , de sus temores , y , en fin , de las predicciones de su ama , pero de un modo tan extraordinario que Guillelmo nada comprendió. Dexólo con la boca abierta , y fué corriendo á la Quinta á noticiar á su señora que Hervey se moria. Así lo

esperaba Arabela , y preguntó con seriedad ¿ si Hervey estaba visible? — No señora. — ¿ Pues cómo sabes que está enfermo? — Por mi hermano... ¿ Habia de haber ido á su casa para que el señor Marques lo supiese? — Mi padre no puede ofenderse de una accion generosa. — Pues bien , señora : permitidme que corra á su casa , porque temo mucho que el mal de aquel pobre caballero no vaya en aumento. — Sosiegate , que quando se halle en la última extremidad , bastará una palabra mia para restablecerlo : ¿ oistes nunca decir que haya muerto un amante desesperado , quando su amada le manda que viva?... Pero no vayas á verlo... Mejor será que le escribas unos pocos renglones que te voy á dictar : tu hermano los llevará de parte tuya , y te ase-

guro de que, pocas horas despues, no se hablará mas que de agradecimiento. Entró en su gabinete Arabela, y dictó lo que sigue:

LUCÍA AL DESVENTURADO AMANTE
DE SU SEÑORA.

La mas humana y generosa entre todas las amas me ha encargado haceros saber, que, no obstanté la temeridad de vuestras intenciones, no quiere que fallezcais, y aun llega su bondad hasta mandaros que vivais: sed docil, y esperad vuestro perdon, si os resolveis á no salir jamas de los límites del respeto que debe prescribiros vuestra pasion.

Lucía.

Exâminado el villete, la pareció á Arabela que habia algunas expresiones sobradamente tiernas;

y ya iba á corregirlas , quando Lucía , que deseaba mucho la vida de Hervey , la rogó que lo dexase todo tal qual estaba. Acordóse entonces Arabela de que, en muchas circunstancias, las mas celebradas heroínas habian mitigado su severidad en favor de sus confidentas , y la dixo, con graciosa sonrisa, que se rendia á sus ruegos , y se fué á acostar con aquel gozo que experimenta una grande alma despues de haber hecho una accion buena.

Envióse , al dia siguiente , la carta á Guillelmo , con órden de que la entregára inmediatamente al enfermo ; pero Guillelmo , con la curiosidad de ver una carta del estilo de su hermana , la abrió , y como no la entendiese , la guardó hasta poder entenderla. Hervey llegó algunas horas despues al pa-

rage de la cita : su enfermedad no fué mas que una jaqueca á que estaba sujeto ; y como no pudiéramos aguardarse , ofreció acudir al dia siguiente , y se volvió á casa de su primo.

Apenas habia salido , quando entró Lucia apresurada en casa de su hermano para saber el efecto de la carta , y supo que Hervey acababa de salir bueno y sano. —

» ¡ Dios mio ! exclamó juntando las manos : bien me dixo mi ama , que aunque estuviera agonizando lo curaria ; pero no pude imaginarme una curacion tan pronta. —

¡ Tú ama ! ¿ Pues no eres tú quien ha... — No por cierto : ¿ soy yo capaz de escribir de aquel modo ? La señora compuso la carta de un cabo al otro , que yo no hice mas que escribirla. »

Guillermo , por no confesar su

falta , dexó creer á Lucía lo que quiso , y aguardó la ocasion de justificarse en caso necesario.

Recibió Arabela la noticia del restablecimiento de Hervey como una cosa indefectible , y mandó á Lucía que nunca mas la hablára de dicho amante. „Si me ama con pureza , continuó diciendo , no me importunará mas ; y por mucho que suba de punto su pasion , su mismo respeto y obediencia lo forzarán al silencio : la conformidad que acaba de mostrar , no aguardando á que se le diga dos veces que viva , me asegura de que no tengo que temer nueva temeridad de su parte.”

Viendo , pues , Lucía que nada habia ya que hacer en favor de Hervey , no solamente no volvió mas á hablar de él , sino que aun dexó de ir en casa de su hermano.

Impaciente Hervey de no ver á Lucía , diputó á Guillelmo á la Quinta para que pidiese una cita ; mas Lucia la negó , y se hizo un mérito de ello con su ama.

Indignada Arabela con aquella nueva audacia , se arrepintió del acto de humanidad hecho ; alabó mucho la fidelidad de su confidenta ; y la mandó que dixese al insolente incógnito, que , si continuaba en sus tentativas , nunca mas conseguiria el perdon de su desobediencia.

Hervey , que se vió abandonado de Lucía , renunció á sus proyectos , se felicitó de no hárselos confiado á su primo , y se consoló muy luego.

Ya no se acordaba de Arabela , quando un suceso imprevisto se la puso delante , y le valió una tremenda mortificacion.

CAPÍTULO VI.

*Fin de la aventura, pero no como
el lector la esperaba.*

Permitia el Marques á su hija que se paseára á caballo, ejercicio que la gustaba mucho. Un dia que Hervey se paseaba divisó á lo lejos á una dama de bellísima traza, montada en un hermoso caballo, y seguida de muchos criados. Apartóse de su camino por curiosidad, á efecto de encontrarse con ella; y así que estuyo cerca, vió con placer á la bellísima jóven, cuya conquista habia intentado. Mientras se disponia á cumplimentarla, lo conoció Arabela, y dió un penetrante grito. Creyó Hervey que la habia sobrevenido algun accidente,

se arrimó con ligereza , y esto aumentó el susto de nuestra heroína... » ¡Si teneis valor , dixo á los que la acompañaban , librad á vuestra infeliz señora de este indigno robador ! »

Los criados , que tuvieron á Hervey por un asesino , dieron algunos pasos atras , temerosos de algun pistoletazo , y de ser robados despues que su señora ; pero viendo al supuesto ladron inmovil , y sin armas de fuego , dieron sobre él , lo hicieron desmontar , y reunieron sus fuerzas para asegurarlo... » ¡Atrevidos ! exclamó Hervey ¿por qué me tratis de este modo ? ¿De qué me sospechais ? ¿Por quién me teneis ? — Por un raptor , replicó Arabela , que , contra todas las leyes divinas y humanas , quiere emplear la violencia para poseer una

persona de que es indigno , y cuyos beneficios paga con negra ingrátitud.”

Señora , repuso Hervey , en verdad que no entiendo una palabra de lo que decís : ó me equivocais con otro , ó quereis divertirnos con mi sorpresa : suplicoos que la chanza no pase más adelante , y que mandeis á vuestras gentes que... ¡Dexadme , pícaros , ú os daré de puñaladas! — Amenazando , dixo Arabela con gran flema , no conseguireis moverme : mejor os estará un poco mas de sumision y de respeto : considerad que estais en mi poder , y que soy dueña de mandaros llevar á la Quinta de mi padre , quien castigará severamente tan vil atentado... Mas para convenceros de que soy tan generosa como vos despreciable , os daré libertad , si

me prometeis no comparecer jamas delante de mí... Rendid las armas , que es una precaucion que debo á mi seguridad.”

Así que Hervey (cuyó pasmo se aumentaba por instantes) vió que lo graduaban de robador , conoció que el asunto podia tener fatales conseqüencias , y se ajustó á aceptar las condiciones que le ofrecian. Al entregar su cuchillo de caza , protestó á Arabela , con las mas enérgicas expresiones , que solo se habia acercado con el deseo de ver sus gracias con mas intermediacion. — „Sobre delinqüente no seas perjuro , interrumpió la heroina : mi generosidad puede preservarte del resentimiento de mi padre ; pero te declaro que nunca , nunca , perdonará este ultrage : ¡ anda , infelíz , indigno del cuidado que tuve con tu vida , vete á un

clima donde jamas oiga yo hablar de ti , y dirige tus votos al cielo para que pueda yo perder la memoria de tu perfidia !” Pronunciando estas últimas palabras , hizo señas á sus criados para que soltáran á Hervey , y se dirigió á la Quinta con la mayor celeridad. Hervey quedó como petrificado de admiracion ; pero , hechas algunas cortas reflexiones , atribuyó aquella escena singular á la medrosa sencillez de una muchacha sin experiencia , nacida en el campo ; y aun congeturó que Lucía pudo haberlo vendido , pintándolo baxo un aspecto odioso. Temiendo, pues, que el suceso se hiciese público, determinó volverse al momento á Lóndres ; y á la mañana siguiente , pretextando que lo llamaban por una carta , partió , dándose la enhorabuena de escapar de las sá-

tiras y matracas de que iba á ser objeto.

Arabela , para ser completamente generosa (prenda característica de las heroínas) mandó á sus criados que no hablasen de lo acaecido; les amenazó con su enojo si desobedecian ; y acabó comprándoles el silencio. Y quando pudo hablar con su fiel Lucía , la contó los riesgos que habia corrido ; y dió gracias al cielo con ella de su dichosa libertad.

Dos ó tres meses se pasaron sin nuevas aventuras; pero la imaginacion de aquella hermosa visionaria , montada siempre sobre el mismo tono , la llevó á otra equivocacion todavia mas ridícula que la precedente.

CAPÍTULO VII.

Contradicciones bastante felizmente conciliadas.

El jardinero principal habia tomado un mozo de bonita figura para que le ayudase en su trabajo. Habia servido en muchas buenas casas, y, sobre ser inteligente, se hacia reparar por su urbanidad y cortesía.

Paseándose una tarde Arabella, tuvo ocasion de observarlo; y notando una cierta finura en su porte, se humanizó hasta preguntarle. La viveza de sus respuestas, algunas frases respetuosas, y con mas delicadeza expresadas que por los otros domésticos, dieron lugar á muchas reflexiones. Descubrieronse evidentemente las se-

ñales de una educacion distinguida ; y se pasó al instante desde la idea de que aquel jardinero era un hombre bien nacido , á otra mas singular. Fortificáronse las sospechas , y en poquísimo tiempo se fixó la persuasion de que era un amante disfrazado.

Arabela exâminó al jóven con mas cuidado , y la pareció que no estaba acostumbrado al trabajo ; que buscaba la soledad ; que se hallaba freqüentemente en las alamedas por donde ella paseaba ; que la miraba siempre con admiracion ; que suspiraba respondiendo á sus preguntas ; y que solia tambien, sentado baxo de un árbol , meditar tristemente en alguna cosa séria. Supusose tambien de que habia encontrado un collar de perlas que ella habia perdido , y que lo habia hecho objeto oculto de su

adoracion. Pero la cifra de su nombre no se veía grabada sobre los árboles con emblemas misteriosos; ni tampoco sorprendia al desgraciado amante junto á los arroyuelos , aumentando la corriente con sus lágrimas ; porque , á pesar de lo riguroso de su suerte , gozaba una salud muy robusta.

La conciliacion de estas ideas era algo embarazosa ; pero Arabella , que sabia concordar las cosas mas disparatadas , juzgaba que el temor de ser descubierto era la causa de no tomar á los árboles por confidentes ; que se entregaba á su dolor de noche ; y , en fin , que la bondad de su temperamento le prestaba fuerzas para resistir á los pesares. Sin embargo , notábase un poco mas pálido que acostumbraba ; y esto queria decir , que no estaba distante la

confesion de su pasion amorosa.

Arabela no se sentia dispuesta á aprobar el amor de aquel desconocido , y formaba de antemano el proyecto de desterrarlo de su presencia , al mismo tiempo que la dolian los rigores á que la precisaba su obligacion.

“ ¡ Qué desventurada soy (dixo un dia á su confidenta , viendo pasar á Eduardo , que así se llamaba el mozo jardinero) , en verme causa de una pasion que envilece á ese incógnito ilustre ! Sí , Lucía : ese Eduardo , á quien tienes por uno de los menores criados de mi padre , es un hombre de calidad , que , baxo un vestido humilde , no piensa en mas que en la felicidad de mirarme... Pero ¿ á qué viene esa admiracion ? ¿ Es posible que no lo has adivinado , ó que no se ha descubier-

to á ti? ¿No lo has visto nunca con su fiel escudero (porque seguramente lo tiene)? ¿No habla de mí á menudo? Y, en fin, ¿no te ha dexado ver, por distraccion, algunas preciosas joyas? — A fe mia, señora, que siempre lo he tenido por un criado; pero ahora me abris los ojos: en efecto, su ayre no es comun, y los cuentos que nos refiere en la cocina son mejores que los de los demas. Nunca le he oido hablar de vos mas que una vez, y fué el dia de su llegada: preguntó si erais la hija del señor Marques, y dixo que pareciais un ángel en hermosura. En quanto á joyas preciosas, no sé que tenga ninguna: solo sí usa de un relox de plata, que, á decir verdad, habla á favor de su nacimiento; y por lo que hace á escudero os protesto que no

le he visto ninguno.”

Dada esta puntual respuesta, preguntó á su vez Lucía ¿cómo habia de comportarse si Eduardo la entregaba alguna carta?— „No la tomarás por mas regalos que te ofrezcan, y por mas súplicas que te hagan: ya sabes quán fatal pudo serme mi generosidad... Si ese amante se me descubriere, pensaré en el modo cómo he de tratarlo.” Así hablaba Arabela con su criada fiel, quando se oyeron unas voces á cierta distancia: dirigióse hácia allá, y vió al jardinero mayor dando de garrotazos al disfrazado héroe, que sufría la correccion con admirable paciencia. Enojóse de aquella vileza, y contuvo los golpes con una seña de autoridad: Eduardo aprovechó aquel entreacto para huir.

¿Qué delito ha cometido ese

jóven, preguntó Arabela, para tratarlo tan cruelmente? ¿Sabes que ese con quien usas de tales libertades puede... Si no está diestro en el trabajo, debes usar con él de indulgencia. — No es por falta de habilidad en el oficio por lo que lo castigo, señora: el tuno hace bien lo que hace quando quiere.... pero he descubierto.... — ¡Descubierto! ¿Y lo maltratas así?... ¡Pues cómo! ¡su estado no ha... — ¡Su estado! Mucho tiempo há que lo sospecho de tener malas intenciones: he acechado muy de cerca sus pasos, y le he visto ir al estanque... — ¡Ay, cielos! (exclamó Lucía mirando á su ama, cuyo corazon palpitaba de susto:) ¡á echarse iba en él! — No, no, repuso el jardinero, soltando una carcajada: iba el pícaro á sacar los mejores peces: es un gran pes-

cador : yo le aseguro que , á no ser por las órdenes del ama , yo le hubiera puesto como merecia. — ¡ Ea , callad ! dixo Arabela irritadísima : acusaciones semejantes son muy groseras para creidas. ”

Avergonzada de aquella escena , se retiró á la alameda mas sombría del jardin , y en ella se paseó largo rato verdaderamente consternada. Lucía no alcanzaba á conciliar lo que su señora la habia dicho de Eduardo con lo que acababa de pasar : necesitaba instruccion para salir de sus dudas , y la esperaba. Arabela se veía entre mil dificultades para encontrar á su héroe ; pero como estaba dotada de maravillosa penetracion , y tenia un talento pasmoso para concordar las relaciones , examinó las circunstancias , las vió bajo todos los aspectos posibles , sa-

có mil conseqüencias , y , al fin , halló tanto misterio en la conducta del jardinero , que quedó , mas que nunca , convencida á que era un gran personage , obligado , por el amor que la profesaba , á vivir en tanta humillacion.

No pudo Lucía guardar mas tiempo silencio , y habló , sin precaucion , de robo y de paliza. Estas palabras mal sonantes disgustaron á Arabela. — ¿Es imaginable , replicó muy secamente , que un hombre de calidad vaya á robar peces? ¡Ay! ¡El iba á realizar su cruel designio , si la dichosa brutalidad del jardinero mayor no se lo hubiera impedido! — Pero , señora , Woodbind dixo que estaban ya los peces fuera del agua : quisiera yo saber que iba á hacer de ellos. — ¿Me mortificarás siempre los oidos con ex-

presiones desagradables? Digote, criatura extravagante y obstinada, que ese infeliz quiso quitarse una vida cuyo peso lo agovia, y, advirtiendo que lo observaban, sacó los peces para ocultar su intencion. ¿Pudo él imaginar que habian de sospecharlo de una baxeza? No, Lucía, no: una alma grande no se detiene en ideas inferiores á ella. — Pues siendo así, ama mia, deberiais estorbarle que reiterára la misma tentativa, ordenándole que viviese. — Haré lo que convenga... y al mismo tiempo que me ocupe en su alivio, no olvidaré lo que me debo.

Estaba persuadida Arabela á que Hervey no hubiera intentado el raptó, sin la carta que ella le escribió. Determinada, pues, á ser mas circunspecta, no sabia como librar á sus amantes, en lo veni-

dero , de la desesperacion. Disminuyeronse sus inquietudes , no obstante , quando supo que el mozo jardinero habia dexado el servicio de su padre.

CAPÍTULO VIII.

Equivocacion rectificada sobre un punto de ceremonial.

Arabela no se acordaba ya de su heroe disfrazado. Participóla su padre una novedad de que iban á originarse infinitos accidentes : un sobrino suyo , recien llegado de sus viages por Europa, se hallaba en camino para visitar-lo. Al mismo tiempo que la anunció esta visita , la significó que era el marido que la destinaba : una confianza tan sin preparacion ofen-

dió la delicadeza de Arabela : segun sus máximas , era necesario que su amante comprase su corazon con muchos años de constancia , y de importantes servicios: recibir amante de las manos de un padre no era conforme á las reglas. ¿Qué heroina tuvo nunca por esposo á un hombre elegido por sus padres? Los cargos , en casos semejantes , se llaman persecuciones ; la obstinacion , constancia ; y la inclinacion á odiar á la persona elegida , se llama fuerza de espíritu.

Determinada Arabela , con exemplos heroycos , á no amar al que se le proponia , respondió á su padre , con un tono muy enfático , que le obedeceria siempre en las cosas justas y razonables ; que la habia dado tantas pruebas de ternura , que no lo juzgaba capaz

de forzar su inclinacion; que haria siempre quanto pendiese de ella para no tener ninguna que pudiera desagradarle; y que recibiria á su primo con la corte-sia debida á un pariente cercano honrado con su estimacion. Admiró el Marques la eloqüencia de su hija, sin penetrar el doble sentido de su respuesta, creyendo que aprobaba modestamente su eleccion.

Dando y tomando Arabela sobre esta conversacion, se metió en lo mas retirado del jardin, adonde Lucía fué á avisarla que habia llegado su primo: casi al mismo tiempo se le presentaron éste y el Marques; y aunque Arabela estaba preocupada contra Glanville (así se llamaba el primo) quedó sorprendida de la nobleza gallarda de su persona. »Confieso,

dixo á Lucía sonriéndose , que el amante que mi padre me ofrece no es indigno de mi atencion ; pero, baxo este título , lo miro con repugnancia.” El Marques se llegó á su hija , la presentó á Glanville , y éste la abrazó y dió un ósculo con la familiaridad de pariente. Arabela se dió por ofendida , y manifestó su enojo : Glanville no reparó en que su prima lo recibia mal , y atribuyó aquella bronquedad á efecto de una educacion de campo.

Pesaroso el Marques de la frialdad de su hija , creyó que padecia su modestia , y que era necesario dexarla en libertad. „Hija mia , la dixo , tu primo no ha hecho mas que lo que el uso permite en la primera visita.”

„Pues que el mundo ha degenerado tanto , replicó Arabela , mi-

rando desdeñosamente á Glanville, me felicito de vivir en una soledad para no verme frecuentemente expuesta á estilos que desapruebo. — Prima mia, replicó Glanville con ingeniosa viveza, decidme lo que he de hacer para agradaros, pues lo que mas codicio es vuestro aprecio. — Temo no encontrar en vos la necesaria docilidad para recibir mis lecciones. — Decidme, á lo menos, para no ofenderos en adelante, cómo quereis que se os salude. — Mi advertencia sería inutil, no siendo necesaria la repetición del ceremonial: quisiera, no obstante, saber si todos los caballeros son tan familiares como vos, y si, á la primera vista de una parienta, no está recibido generalmente el uso de contentarse con un honesto abrazo. — ¡Oh, prima mia,

decis bien: un abrazo amistoso y honesto es ciertamente preferible á un ósculo dado con tanta frialdad!... ¡Quánto diera yo porque mi tio me presentase segunda vez, y me valiese la complacencia de verme estrechado en vuestros brazos!

La viveza con que se explicó Glanville desagradó de tal modo á Arabela, que se apartó de él asperamente, y así que estuvo á cierta distancia, envió á Lucía para decirle, que no la siguiera. Glanville, como no acostumbrado todavía á una exácta obediencia, iba á buscarla á pesar del mensage; pero el Marques, que se habia separado á efecto de dexar juntos á los jóvenes, como vió á Glanville solo, lo llamó, y ahorró por entonces á su hija la mortificacion de verse desobedecida.

CAPÍTULO IX.

Amante severamente castigado.

Como el Marques tenia proyectado unir á su hija con su sobrino, quiso saber lo que pasaba en sus corazones, y se dió á estudiarlos separadamente: vió, por una parte, los efectos de un amor vivísimo; y por otra, indiferencia, frialdad, y aun disgusto. Observó que su hija reusaba la conversacion con Glanville; y que mostraba mal humor quando la dirigia la palabra; pero que la escuchaba con gusto quando hablaba de cosas generales. La verdad era que Arabela hallaba en él mucho talento; pero no podia perdonarle el no conocer aquel

respeto , aquella sumision ciega, aquel lenguaje metódico , y , en fin, aquel modo novelesco de expresarse , sin lo que no podia agradarla. Parecía maravilloso (y se lo decia con frecuencia á su confidenta) que un hombre , que reunia tantas buenas prendas , ignorase el arte de amar con aquella finura y fervor que creia ella precisamente inspirar , y extrañaba que una imaginacion florida produxese una conversacion tan insípida quando se trataba de amores. „Y no digo esto, continuaba , porque desear ser amada de mi primo , pues el amor no reformaria sus modales, y se iria haciendo mas y mas des-
apacible á mis ojos.

Bien examinado ya Glanville por el Marques , lo juzgó bastante prendado de su hija para confiar en que recibiria con gusto la

proposicion que tenia que hacerle. Llevóle una mañana á su gabinete, y allí, despues de haberse informado de como estaba su corazon, le descubrió el proyecto de casarlo con su hija, dándola por dote la propiedad de todos sus bienes.

Recibió Glanville aquella muestra de amistad con unos extremos de gozo inexpresables: protestó que no conocia cosa mas amable que su prima, y que la profesaba todo el amor de que su corazon era capáz.

„Contentísimo quedo, le dijo el Marques abrazandolo: esfuerzate á ganar el corazon de mi hija; y quando me asegures de su consentimiento, te doy mi palabra de que no se dilatará vuestro matrimonio.” No dió lugar Glanville á que le repitieran

una orden tan apetecible. Dexó á su tío , y partió , lleno de felicidad , á buscar á su prima , para darla parte del permiso que tenia de dirigirla sus obsequios. — Estaba en el jardin acompañada de sus mugeres. »Prima mia , la dixo con la apresuracion que dá el contento , concededme el gusto de pasearme con vos á solas: ¿ no podré lograr la satisfaccion de hablaros sin testigos ? — ¿ Qué misterio puede haber entre nosotros que os haga desear una particular conversacion?... Favor es que ninguno de vuestro sexó puede lisongearse haber recibido de mí , y os declaro , que cabalmente sois uno de aquellos á quienes mas dificilmente lo concederia. — No os comprendo , prima ; porque está recibido que una señorita se pasee con un hombre de bien , sin

lastimar las severísimas reglas de la decencia; y tengo mas derecho que otro á este honor por la circunstancia de vuestro pariente. — No es extraño que nuestras opiniones sean diferentes; pues hasta ahora no nos ha sucedido pensar de un mismo modo. — Os ruego que no creais eso, prima y señora mía, pues, á ser verdad que nuestros modos de pensar fuesen opuestos, era menester que me aborrecieseis tanto como os admiro y adoro.” — Esta confesion dicha con viveza, y acompañada de un suave apretamiento de mano, indignó tan excesivamente á Arabela, que no pudo en algunos instantes pronunciar ni una sola palabra.

¡Qué horrorosa violacion, prorumpió diciendo, de las leyes del amor! ¡Declararlo sin haberlo te-

nido oculto á lo menos un año!
 ¡Sin temblar! ¡Sin arrodillarse de-
 lante del objeto amado! ¡Y obrar
 contra las reglas! ¡Y llevar la osa-
 día hasta mirar cara á cara á la
 que acaba de ofenderse! ¡Y no te-
 mer los rayos de sus miradas!...
 No le fué posible á Glanville de-
 xar de reirse de la pantomima que
 su prima representaba. Ella dió
 algunos pasos atras; lo miró con
 desden; levantó sus bellos ojos al
 cielo, y con ademan de pedirle
 justicia.

Pero Arabela se volvió á mi-
 rar á Glanville, y como no vie-
 se en él aquel ayre confuso que
 aguardaba, redobló su enojo...
 »Si no os expreso, le dixo, los
 sentimientos que vuestra insolencia
 me inspira, es por daros un
 testimonio mas señalado de mi des-

precio : vuestra pasion me envilece por el modo con que la declarais... No espereis perdon, ni volvais á presentaros delante de mí." Y pronunciadas estas palabras terribles , se fué magestuosamente. — Glanville moria de risa al ver como su prima recibia sus homenajes ; pero , recapitulando quanto le habia dicho , halló sus expresiones tan duras , que se le quitó la gana de reir. Como poco instruido de las fórmulas caballerescas , ignoraba la enormidad de su delito , y no pudo atribuir el menosprecio de Arabela mas que al orgullo que la daban su hermosura , riqueza , y nacimiento. Acusaba á su tio de haberlo comprometido , y queria partir sin despedirse de nadie. Pero una carta , que Lucía traxo muy misteriosa-

mente , desvaneció su proyecto;
decia así:

ARABELA AL HOMBRE MAS ATREVIDO
DEL MUNDO.

*Manifestais tan poca deferencia
á mis órdenes , que juzgo necesario
reiteraros la que os dí al separar-
me de vos. Para reparar la ofensa
que me habeis hecho , no teneis que
tomar mas partido que el de no po-
neros nunca delante de mí. Si teneis
por oportuno el aprisionarme en mi
cuarto , permaneciendo mas tiempo en
casa de mi padre , añadireis la des-
obediencia al crimen que habeis co-
metido.*

Arabela.

El sobre y estilo singular de
esta carta tranquilizaron á Glan-
ville. Persuadióse á que lo que

habia tomado por insulto era una chanza, y se determinó á divertirse con ello. Representóse de nuevo las expresiones de su prima, y la seriedad de sus gesticulaciones, y se admiró de haber tomado las cosas tan á la letra. Preocupado con estas ideas, voló á la habitacion de su prima. Hallábase ésta de pechos sobre una ventana, y con señales de mucha agitacion. La vista de su primo la sobrecogió; huyó á su gabinete, cerró la puerta, y le mandó imperiosamente que se retirase. Glanville, que continuaba persuadido á que se chanceaba, la amenazó con que descerrajaria la puerta, y acabó diciendo, por bufonada, que pronto hallaria ocasion de vengarse. Arabela, que era incapáz de admitir bufonadas de esta especie, creyó que la cólera le

sugería algún designio violento, ó que formaba el plan de robarla, ó que quería que estallasen sus furoros con alguna empresa desesperada.

„Todo lo debo temer, decía á su criada quando desahogaba su corazón con ella: todo lo debo temer de un hombre que no conoce los límites del respeto; que no tiene aquella timidez hija de un amor puro y delicado; y que, despreciando mis órdenes, se atreve á presentármeme, y finaliza con amanzarme.”

¿Declararé á mi padre, continuaba diciendo, la aversion que tengo á Glanville? No, porque sería irritarlo contra mí; sería exponerme á las empresas de un amante pérfido: es preciso evitar la suerte funesta que me amenaza: es preciso buscar mi seguri-

dad en la fuga... Pero ¿qué heroína perseguida abandonó jamás la casa paterna? Este es un caso nuevo, y conozco que vaciló en mis resoluciones... No obstante, ¿hay alguna cosa mas legítima que sustraerse á la tiranía de un padre bárbaro?... Tales eran los razonamientos de esta bella visionaria, quando un acaecimiento imprevisto causó inquietudes mejor fundadas.

CAPÍTULO X.

Incidentes importantes.

Muchas horas habia que Arabela estaba en su gabinete pensando en sus desgracias , quando vinieron á informarla de que su padre habia dado una caida del caballo. Arabela corrió á verlo , y se presentó con los ojos bañados en llanto ; y aumentaba su dolor el reproche que se hacia de haberlo querido abandonar. Levantóse Glanville así que ella entró , y la presentó una silla. Mientras se informaba de las circunstancias de la caida , se la notaba aquella conmocion íntima , que solo puede promover el verdadero sentimiento : exâminaba Glanville sus facciones , y las hallaba

mas hermosas con la expresion de la ternura. Arabela lo conoció ; y viendo que sus cuidados no eran necesarios en aquel instante , propuso que dexáran descansar á su padre , y se retiró. Glanville la siguió , y la presentó su mano para subir la escalera ; pero la reusó. — En verdad , prima mia , la dixo , que quereis perpetuar vuestro mal humor : ¿ pensais continuar por mucho tiempo esta desagradable burla ? — Si habeis supuesto que me burlo , falta es de vuestro juicio ; y en este caso , convengo en que hice mal de atribuir á insolencias vuestros procederes familiares ; pero , qualquiera que la causa fuere , os repito que me han desagradado sumamente. — Claro es eso ; y veo ahora que no os burlais ; pero hacedme la gracia de decirme por qué he me-

recido vuestra indignacion , porque os protesto que no alcanzo á adivinarlo. — ¿ No fué bastante ofenderme con una declaracion de amor temeraria é injuriosa? ¿ Era necesario aun , en desprecio de mis órdenes , volveros á presentar á mí , perseguirme hasta mi gabinete , y acompañar con amenazas tan indignos procederes? — ¡ Qué de cosas vé vuestra imaginacion, prima mia! No me creia tan culpado. Dignaos de escucharme un momento... Tengo hecho voto de amar quanto es amable, y me atreví á declararme adorador de vuestro mérito: permitidme que os pregunte , ¿ si lo que llamais insulto, temeridad é insolencia , es la declaracion que de esto os hice? — Sin duda. — En este caso , señora , es difícil no pareceros odioso, y no debo permanecer á vues-

tra inmediatecion : perdonadme , y quedaos con Dios. — No perdono tan facilmente como imaginais: solo el tiempo y el arrepentimiento pueden conseguiros esta gracia.” Diciendo estas palabras la heroina, le hizo señas para que se fuera ; y como no se viesse prontamente obedecida , se entró en su gabinete , y se encerró con las mayores precauciones.

Glanville tambien se retiró á su quarto ; mas que nunca sorprendido del carácter de su prima. Presentáronsele tumultuariamente en su entendimiento infinitas contradicciones. Pareciale Arabela dura , seca é imperiosa ; pero ; cuánta sensibilidad no acababa de mostrar á su padre! Estaba educada como en el campo, y con poquísimo uso del trato del mundo ; pero ¡ qué de tersitud y

de nobleza no se echaba de ver en sus expresiones ! Su entendimiento tenia rarezas, pero era consiguiente ; y aun advertia en sus raciocinios una especie de lógica, que solo podia venir de mucha penetracion. Considerado todo , se atuvo á la idea de que él no era de su gusto , y de que ella representaba aquel papel singular para alejarlo. Tenia Glanville sobradamente grande el alma para recurrir á la autoridad , y le pareció que el mejor medio era volverse á Londres , sin hablar mas en el asunto. Partió , en efecto , al dia siguiente antes de que nadie se levantára ; y quando hubo andado lo suficiente para que sus caballos descansáran , escribió á su tio , y envió la carta por un propio.

Recuperado el Marques de su

accidente , por medio de una muy buena noche , envió á buscar á Glanville , y le dixeron que habia salido á caballo. No dexó de extrañar su indiferencia ; se impacientó por su tardanza ; y empezó á temer no le hubiera sucedido algo ; pero un criado le entregó la carta que acababa de traer el propio. ¿Qué significa esto ? dijo al ver la letra de su sobrino. Hija mia , vé aquí una carta de tu primo. Arabela , mas inquieta que sorprendida , estorbó unos instantes á su padre el que la abriera. »Os ruego , señor , le digo , que no me imputeis el acacimientto fatal que vá esa carta á noticiaros : verdad es que he desterrado á mi primo ; pero me es testigo el cielo de que solo he deseado esto , y no mas.»

El Marques , que nada enten-

dió de lo que oía, abrió con presteza la carta, y Arabela se escapó á su quarto, donde, persuadida á que Glanville anunciaba un suceso trágico, se lamentó mucho del efecto cruel de su belleza. Entretanto el Marques leía sosegadamente la carta de Glanville, concebida en estos términos:

SEÑOR

El modo bronco, y nada honrado, con que he salido de vuestra casa, debe graduarme á vuestros ojos culpado de la mayor ingratitud: la gratitud y el respeto, de que soy deudor á vuestras bondades, me fuerzan á enteraros de la causa. Con todo eso, hubiera deseado, para evitar las reconvenciones de mi prima, que la supieseis por otro.

Vuestra estimacion, señor, me

es apreciablesísima, y no me perdonaría jamás el haber tenido la mala suerte de desagradaros. Mi prima ha tenido á bien echarme de vuestra Quinta; y sus expresiones me han parecido tan humillantes, que desespero de lograr nunca la felicidad que me destinabais.

Quedo, señor, vuestro, &c.

Cárlos Glanville.

Acabada la lectura de la carta pasó al quarto de su hija con intencion de reprenderla; pero, hallándola con los ojos llorosos, olvidó su resentimiento.

„¡Ay, Señor! dixo á su padre: sé que venís á reñirme agriamente; pero os suplico que no agraveis el pesar que me devora: os repito que no le he mandado que muera.”

Sonrióse el Marques del error con que su imaginacion estaba herida, y la preguntó: ¿si creia que

su primo la amaba hasta el extremo de morir por ella? — „Si no me ama hasta ese extremo, no me ama con pasion, y mi agradecimiento cesa.” — Arabela, quiero saber por qué delito lo has desterrado de casa tan inhumanamente. — Porque ha tenido la audacia de decirme que me amaba. — ¡La audacia! ¡Fortísima expresion por cierto! Pues, hija mia, yo le he permitido esa audacia; y sabe, que no solo deseo que te ame, sino que aguardo de tu amistad y obediencia, que correspondas á su afecto; y sabe tambien, que he puesto en él los ojos para que sea tu marido... Esta es su carta: corete de tu descortesía, y procura repararla: disculpate con él, y que esté escrita tu carta, quando se halle preparado á partir el mensagero que ha de llevarla.” Di-

cho esto, se fué el Marques. Leyó Arabela la carta de Glanville, y, no hallándola en el estilo que esperaba, tuvo aumento la aversión que le tenia. »¡Traidor! exclamó: ¿de esta manera pretende desenojarme? ¡Cómo me equivoqué quando lo creí capaz de morir del depecho!... ¡Hombre indigno de mí! ¿Piensas que con quejas á mi padre lograrás tus designios? ¡Te pudistes lisongear de que su autoridad te daría el corazón de Arabela?» Este monólogo, juntamente con otras reflexiones, apuraron el tiempo que su padre le habia concedido. Este envió á pedir la carta; y su hija corrió á rogarle que la dispensára de un paso tan humillante. Con ayre severo, y sin responder, la tomó por la mano, la llevó á su despacho, y la man-

dó, con imperio, que escribiese al instante...” Ya que he de escribir, dixo Arabela sollozando, tened á bien dictarme lo que debo decir. — Pon disculpas, sin número, y emplea los términos mas executivos para obligarlo á volver.” Arabela, forzada por la necesidad, escribió la carta siguiente:

**LA DESDICHADA ARABELA AL CRUEL
GLANVILLE.**

No quiero tener en vos dominio, y, sin embargo, os mando volver: os hago saber que anulo el decretado destierro; y que aguardo vuestra vuelta en compañía del mismo que os entregará ésta: no prodigéis agradecimientos, porque ninguno me debeis: esta llamada es efecto de la obediencia que debo á los mandatos de mi padre.

Arabela.

Leyó el Marques la carta ; y viendo en ella su propia altivez, no se atrevió á reprenderla.

„El estilo de esta carta , la dixo , me parece muy raro.... ¿Quién te ha enseñado á explicarte así... *La desdichada Arabella al cruel Glanville?* El sobre de una carta , hija mia , lo lee quien la lleva : muda éste , porque no quiero que se sepa que eres desdichada , ni que mi sobrino es cruel. — Suplicoos , señor , que os contenteis con mi primera obediencia : es justo que manifieste yo á mi primo algun descontento : una carta mas obligatoria seria baxa, y la desaprobariais. — Singularísima eres , replicó el Marques , y lo que hizo fué incluirla en otra que escribió para ocultar aquel sobre.” Prometió á su sobrino buen recibimiento de parte de su prima ; y

le amenazaba con su desagrado, si al momento no volvía. El propio anduvo tanto, que alcanzó á Glanville antes de llegar al parage en que había de hacer noche.

No le sorprendió el proceder de su tío, porque lo esperaba; pero sí el recibir carta de Arabela. Leida, dudó si era alguna invención, ó algun nuevo insulto, estando el sobre en el mismo estilo del otro, que tomó por una bufonada. Leyó despues la de su tío; y, no pudiendo resistirse á sus solicitudes eficaces, regresó á la Quinta. Aguardábalo con impaciencia el Marques; pero lo tenía inquieto la tristeza de su hija... »Nunca me has dado pesares, la dixo: puedo creer que aprobarás la eleccion que hice de Glanville para que sea mi yerno: tiene entendimiento, buena perso-

na , costumbres puras , y carácter amable ; y sobre todo esto , es hijo de mi hermana , y de consiguiénte , digno de ti , aunque no tenga título. — Si permitis , señor , que me explique , os confesaré que repugno el matrimonio : no puedo desear un estado cuyas obligaciones me pongan en el caso de descuidar el atento cuidado que debo á un padre tan tierno como pocos ; pero en el concepto de que esteis determinado á contradecir mi opinion sobre este punto , os suplico que me elijais un esposo que haya merecido vuestra estimacion , y mis favores por acciones dignas de su nacimiento , y por pruebas seguras de su amor ; porque , al fin , señor , ¿ qué ha hecho Glanville para que le hayais dado una preferencia tan señalada ? ¿ Y cuáles son sus títulos pa-

ra aspirar á poseer mi corazon?...
 ¡Ah, padre! apreciad en mas vuestra sangre : si amais mi felicidad...
 Sí... InterrumpiÓla el Marques diciéndola secamente , que no tenia mas paciencia para oir tan ridícula xerigonza.

»¿Qué es , pues , lo que ha de hacer mi sobrino? ¿Qué testimonios de amor necesita darte para merecer tu estimacion? Mira, Arabela , que si continúas tratando á Glanville como hasta aquí, no te lo perdonaré en mi vida: son tus razonamientos tan mezquinos , y tus nociones sobre la felicidad tan falsas , que me veo precisado , como padre , á servirte de guia en el acto mas importante de tu vida. Iba á replicar Arabela; pero el Marques la impuso silencio : retiróse á su quarto con el alma pasada de pena , y persua-

didacá que no habia en el mundo muger mas infeliz que ella.

CAPÍTULO XI.

Conversacion sábia interrumpida inoportunamente.

Aunque el Marques estaba inquieto con la obstinacion de su hija, no se resolvia á usar de su autoridad: era el último medio de que pensaba servirse.

La llegada de su sobrino le volvió alguna parte de su tranquilidad; y despues de haberle referido algo sobre su extravagancia, le encargó que fuese él mismo á hacer las paces con Arabela.

Glanville voló á su quarto deseosísimo de nuevos conocimientos sobre sus atribuidos delitos. No lo recibió, porque Lucía le

dixo que se estaba desnudando. Paseóse Glanville mientras llegaba la hora de cenar, salióla al encuentro quando la vió venir, dixola cosas muy atentas, y solo recibió respuestas frias: una cierta languidez, pintada en sus ojos, añadía tantas gracias á las de su persona, que Glanville la vió con nueva admiracion. Pusieronse á cenar, y á los postres quiso Arabela retirarse; pero su padre la pidió que acompañase á su primo hasta que él hubiera cerrado su correo para Lóndres... Prima mía, la dixo Glanville, ya que no queréis tener mando sobre mí, espero siquiera que no os resentireis de una vuelta totalmente debida á vuestras órdenes, y á mi obediencia. — Supuesto, señor, que no me es permitido tener voluntad, agrademe ó no me agrade la co-

sa , nada debe importaros mi resentimiento , ni mi gusto. — ¡ Nada ! yo os aseguro que no es así. Pongo por testigo al cielo de que si alcanzára los medios de agradaros , me los veriais emplear con quanto zelo cabe en mí... Decidme , pues , os lo suplico , cómo he podido ser tan infeliz que haya incurrido en vuestro desagrado. — Me parece que os lo he dicho clarísimamente. — ¡ Pero es verdad que os enojais quando os aman ! ¿ Es éste suficiente delito para ser echado de vuestra presencia ? — Es inutil que sepais si me enojo porque me amen ; mas sabed que me ofendo de que me lo confiesen. — Pero , prima , si el que tiene el atrevimiento de deciros que sois amable , y que os ama , no es de nacimiento inferior al vuestro , me parece que no debeis graduar de

injuria semejante declaracion : no estais obligado á amarlo , mas de-
beis agradecerle la buena opinion
que tiene de vos. — Si el amor es
un sentimiento involuntario , ¿ qué
gratitud tengo que mostrar á quien
me ame ? — Si confesais que el
amor es involuntario , habeis de
convenir en que tambien lo es la
ofensa que en él hallais ; y si no
agradeceis el uno , es injusto que
tomeis la otra por un insulto. —
Os separais de la questão : ésta
no es saber si hay ofensa en amar-
me , sino si la hay en decirmelo. —
No siendo delinqüente la accion,
la declaracion no puede serlo. —
Por mas capciosos que sean vues-
tros racionios , no me seducen:
consultad á la costumbre. — ¡ La
costumbre!... ¡ Ay , querida pri-
ma! está contra vos: las damas se
ofenden tan poco de los obsequios

que se las tributan , que procuran , al contrario , multiplicarlos : sus triunfos son tener muchos adoradores.... Convid en que vuestro razonamiento está á favor mio. — Ignoro de qué especie son las damas que permiten tales libertades ; pero sé que Estatira, Parisatis , Clelia , Mandana , y todas las ilustres heroínas de la antigüedad no permitieron jamás semejantes declaraciones. — ¡ Por Dios , prima hermosa , que no os guieis por esas impertinentes antigüallas ! Las costumbres que van con la preocupacion son mudables , y bastan veinte siglos para desvanecerlas. — Si el mundo no es ahora mas virtuoso que entonces , ciertamente que no es mas sabio ; con que , si no es mejor , no veo porque las costumbres actuales hayan de ser preferidas...

Conozco poco á los hombres ; pero aguardo , en el curso de mi vida , encontrar mas Orondates, Artagerges , y héroes parecidos al ilustre amante de Clelia , que Tiribazos , Artages , y Glanvilles.— Juzgo , prima , que me agregais á mala compañía ; pero si el ilustre amante de Clelia no hubiese revelado su amor , ¿ cómo hubiera la posteridad tenido conocimiento de él ? — No lo declaró hasta que los servicios hechos á Clelio y á su hija le dieron derechos á su estimacion ; pero fué mal recibido quando se aventuró á hablar de su amor , y pasó mucho tiempo antes de que hubiese expiado el delito de haberlo revelado.”

Interrumpió la conversacion la llegada del Marques. Arabela se retiró , dexando á Glanville mas

enamorado que nunca : conoció que su prima tenia echado á perder el entendimiento con las novelas heroycas ; pero admiró su memoria , y su limpio modo de raciocinar ; y convencido de que no podia lograr su gracia si no plégándose á su modo de pensar , no habló mas de amor , y se dió á fingir un porte muy respetuoso. Pronto advirtió el Marques que su hija miraba á Glanville con menos repugnancia : pronosticó bien de ello , y dexó al tiempo , y al mérito de su sobrino el cuidado de formar la union que deseaba.

CAPÍTULO XII.

Discurso de Orondates , que contiene un exemplo admirable del verdadero patético , y la aventura de los libros.

Advertida por Arabela la mudanza de conducta en su primo, lo via con familiaridad ; se paseaba horas enteras apoyada sobre su brazo ; y lo deleytaba siempre con naturalidad , con su entendimiento , y aun mas con su instruccion: erale á Glanville oneroso el callar , mas era preciso ; y además lo tenia detenido la continuada asistencia de Lucía. El Marques, creido en que tenian bastante tiempo libre para hablar libremente, llegaba á interrumpirlos á cada instante , y contribuia á atormen-

tarlos. Ya empezaba Glanville á cansarse de tantos inconvenientes, quando Arabela entabló la conversacion que sigue : »Comparando , le dixo riéndose , el modo familiar con que ahora vivimos, al con que viviamos algunos dias ha , no concibo como ha sido posible reunirnos , porque , al fin, no me habeis dado señal ninguna de arrepentimiento. — Me he corregido , prima mia , de los defectos que me reprochabais : ¿ podia probaros mejor mi arrepentimiento? — No siempre se está corrigiendo quando se aparenta estarlo. La historia menciona algunos amantes que se pusieron la máscara del arrepentimiento , para ocultar mejor la gana que conservaban de reiterar sus faltas : el arrepentimiento verdadero tiene señales tan visibles , que no se le puede des-

conocer. Mazares , arrepentido de su pasion criminal á la divina Mandana , se condenó á seguir la fortuna de su competidor , á obedecerle , á pelear báxo sus banderas , á auxiliarlo contra los mismos intereses de su corazon , y á ganar la gracia de la que él adoraba. Orondates , para castigarse la temeridad que tuvo de declarar á Estatira que la amaba , queria morir , y seguramente hubiera realizado aquella determinacion horrorosa , si su adorable señora no le hubiera mandado que viviese: estos son rasgos de arrepentimiento sobre que no puede caber engaño.— Y decidme, os ruego, prima mia , ¿todos esos señores tuvieron , finalmente , la dicha de casarse?— Sin duda alguna , pero despues de innumerables contratiempos , de servicios hechos,

de peligrosas aventuras , y , por último , de pruebas reiteradas de fidelidad y de constancia. — Estoy muy gozoso de que las damas de que me hablais con tantos elogios hayan sido sensibles : con eso puedo esperar que no sereis siempre inexorable. — Si encuentro un amante como Orondates , ciertamente no seré ingrata ; pero como no tengo el mérito de Estatira , no puedo aspirar á sus satisfacciones. — Yo quisiera conocer las acciones sublimes de ese amante dichoso , para modelarme por él , y tener la esperanza de agradar : vos sois indubitablemente mas digna de mis sacrificios , que Estatira de los de su amante. — ¡ Pero cómo ! ¡ Ignorais la historia de Orondates ! ¡ No habeis leído aquellos libros preciosos , que nos narran los mas bellos exem-

plos de generosidad , de valor , de amor , y de virtud ! ¡Exemplos que deben arreglar nuestra conducta , formar nuestras costumbres , y elevar nuestras almas ! ¿En qué , pues , habeis empleado vuestro tiempo ? Mas , sea como fuere , nunca es tarde para instruirse : os prestaré algunas obras de esta naturaleza , que os darán á conocer vuestras faltas , y os las harán evitar en lo venidero. — Yo... las leeré ciertamente , si... lo mandais ; pero ¿no valdria mas que os tomaseis el trabajo de instruirme ? Confieso que este medio me parece mas seguro.

Mandó Arabela á una de sus criadas que fuese á su biblioteca á traer á Cleopatra , á Casandra , á Clelia , y al gran Cyro.

Apenas vió Glanville volver á la pobre moza agoviada con el

peso de aquellos librotos voluminosos, tembló de que su primo no se los mandase leer, y se arrepintió de una oferta que lo exponía á hacer uno de los trabajos de Hércules. Mandó Arabela poner los libros sobre una mesa delante de ella, y fué abriendo unos despues de otros con un placer que se le pintaba en los ojos... »He escogido, dixo, estos pocos volúmenes, entre muchísimos; y quando los hayais leído, espero que empezareis á ser otro. — ¿No podré, prima mia, regenerarme á menos costa? porque estos libros sin duda contienen montones de instruccion.» Recorriendo á Casandra, dió, por casualidad, con el monólogo de Orondates, despues que Estatira hubo pronunciado su sentencia. »¡*Ab, cruel!* (decia este desgraciado aman-

te): ¿qué hice para enojaros hasta tal punto? Dignaos de exâminar mi delito, y vereis que no tengo tanta culpa, que no pueda expiarse con la muerte... ¿Durará vuestro aborrecimiento mas que mi vida? ¿Es posible que abomineis de un alma, que, por obedeceros, dexa el cuerpo á que está unida? No: vos no aborreceis así: el sacrificio que voy á haceros os moverá; y, dexando de ser, dexará de pareceros odioso... A fé mia, prima, dixo Glanville, haciendo esfuerzos para no reirse, que yo no opino bien de esa dama, cuya crueldad hace gemir á este amante quejumbroso... ¡Bueno es eso! ¿Con que da su vida, y no está seguro de que baste? Vaya, que es cosa tremenda. — Condenais muy ligeramente á Princesa tan ilustre, replicó Arabela; fuera de que ella no era christiana,

y , de consiguiente , no estaba sujeta á las máximas de caridad que manda el christianismo : con todo eso , no queria la muerte de Orondates : leed el párrafo siguiente, y vereis que se explica con la mayor humanidad. ; Pero cuidado que no vayais á criticar su facilidad demasiada !... Es esencial que conozcais solidamente los motivos que la inclinaron á la clemencia... Leed el encadenamiento de la aventura... Esperad , que aquí empieza.” Pasó Arabela algunas hojas , y señaló el parage. Glanville, disgustado con tan enorme tarea , suplicó á su prima que le contase el hecho ; pero fuele preciso obedecer. Separóse Arabela para que leyese con mas atencion , y se puso á una ventana al otro lado de la sala. Contó Glanville las hojas muchas veces , y

quedó tan asombrado de su número , que no pudo resolverse á recorrerlas ; y en vez de leer , maldecía , con toda la acritud que causa el tedio , los malditos libros que le originaban tantas incomodidades.

Así que Glanville empleó el tiempo necesario para leer velozmente la historia de Orondates, se llegó á su prima , y la propuso salir á pasear , en vez de entretenerse con los rigores de Estatira. Arabela se mostró resentida de su indiferencia en cosas de tal importancia : encendiósela el color , y , desdeñándose de reprocharle su ligereza , no le respondió cosa alguna. Conoció Glanville su falta , y al instante empezó á tratar de la inexorable Estatira , sin saber que decirse. „He previsto , le dixo Arabela , que

condenariais igualmente á la Princesa de sus rigores , y de su sobrada bondad ; pero es menester considerar que lo que hizo por Orondates se debió á la generosidad de Artagerges.” Detuvose para saber la opinion de Glanville , quien , embarazadísimo , respondió á tientas : „Es verdad que ese Artagerges era un competidor muy peligroso. — ¡ Artagerges competidor de Orondates ! ¿ Habéis perdido el juicio ? Era hermano de Estatira , y á su solicitud debió Orondates , ú Orontes , su felicidad. — Digo que fué cosa muy noble en Artagerges , hermano de Estatira , el interceder por aquel amante infeliz ; y no es dudoso que Orondates y Orontes fueron muy agradecidos. — Orontes le debió mas que Orondates , replicó Arabela , porque era de una

clase muy inferior.— Decidme, prima mía, qual de estos dos amantes fué dichoso.

Esta pregunta inoportuna dió á conocer á Arabela que su primo la burlaba; pues si hubiera leído la primera página hubiera visto que Orondates y Orontes eran una persona misma, y que el nombre de Orontes era prestado para disfrazar la calidad de Orondates. La confusion de Arabela fué tanta, que no halló expresiones bastante fuertes para expresar su indignacion: aseguró á Glanville de que nunca mas trataria con ella, le echo de su quarto, y prometió arrostrar los enojos de su padre, mas bien que sufrir la presencia de un hombre que merecia su desprecio, y su ódio.

Desterrado segunda vez el po-

bre Glanville, intentó ablandarla; y no pudiendo conseguirlo, dexó exhalar aquellos instantes de arrebatamiento, y se retiró, maldiciendo mil veces á Estatira, á Orondates, y á Orontes, y acumulando, sobre los autores de los *infolio* quantas imprecaciones puede sugerir la cólera.

CAPÍTULO XIII.

Continuacion de la aventura de los libros.

Fuese Glanville á pasearse al jardin para distraerse. Allí encontró á su tio, á quien contó ingenuamente la escena que acababa de representarse entre su prima y él. Al Marques le pareció chistosa, y se divirtió con ella unos instantes. „Es necesario, le

dixo , reconciliaros... No obstante , Glanville , estás culpado en no haber aprovechado bien aquella ocasioncilla de hacer un obsequio : ¿podias imaginarte que mi hija , pidiendote cuenta de tu lectura , no conociese que no la habias complacido ?— Soy un atolondrado , señor , lo confieso ; pero si conseguis rehabilitarme en el concepto de mi prima , prometo ser en lo venidero escrupulosamente exácto en hacer su voluntad.”

Fué el Marques á ver á su hija , que estaba en su gabinete , afligidísima de la afrenta que acababa de sufrir. Su pesar era tanto mayor quanto Glanville habia ya hecho en ella alguna ligera impresion ; esto es , hablando un lenguaje elevado , que no solamente no lo aborrecia , sino que estaba dispuesta á desearle mucho

bien: sus bellos ojos estaban humedecidos de lágrimas, y se la conocian en el rostro los vestigios de las derramadas. Hizo el Marques como que nada advertia, se llegó á ella con afecto, y la dixo, que Glanville estaba apesadumbradísimo de haberla disgustado, y añadió, que iba, como amigo comun, á proponer su mediacion para reconciliarlos. — »; Ay, señor! no me hableis de un indigno, que se ha hecho, por su ingratitud, un objeto odioso! — Pero, hija mia, ¿qué agradecimiento particular te debe tu primo, para que pueda ser un ingrato? — Le miré favorablemente por el modo con que se comportó, y no parece que se ha mostrado sensible á ello. — Muy seriamente tomas las cosas, hija mia: al oírte creeria qualquiera que se trataba

de un gravísimo insulto... Glanville prefirió tu conversacion á una lectura fastidiosa: ¡gran mal por cierto!... Me parece que debieras habérselo estimado.... No concibo como puede producir tanto ceño una novela ridícula, que nadie tiene la paciencia de leer.— Si conocierais el libro, padre mio, creo que hablariais diferentemente; pero, sea como fuere, no es posible disculpar á mi primo del modo ultrajante con que me ha burlado.— Es menester perdonarlo, hija mia: exíjole su perdon de tu complacencia.— No, señor, ni debo, ni puedo hacerlo; y espero que os dignareis dexarme libre sobre este punto.— Te repito que das demasiado valor á frioleras; y piensa, por otra parte, en que es extraño, y aun indecente, tratar con tanto rigor á un parien-

te que ha de ser tu marido. — No es dudable, señor, el que yo no esté dispuesta á obedeceros en quanto sea posible; pero lo que deseais no lo es. — ¡Qué! ¿Pretendes persuadirme á que es imposible que Glanville sea mi yerno? — Lo es el que lo sea sin consentimiento mio: si lo diera, contradiria á la primera ley de la naturaleza, que prohíbe obrar contra sí mismo. — Esa obstinacion ya me enfada; y, en fin, vuelvo á decirte, que tu primo tiene el consentimiento mio porque te conviene; y añado, que mi aborrecimiento á la vida seguirá á tu repulsa de executar lo que deseo. — Supuesto que no me es posible obedeceros, veome reducida á la dura necesidad de desagradaros; pero sabré morir, si convinere, para evitar mi desgracia,

y vuestro enojo. — Trastornada está seguramente tu cabeza, hija; pero ¿dónde te has familiarizado con la muerte para hablar de ella con tanta indiferencia? — No me creo inferior en virtud ni en valor á las heroínas, que, perseguidas como yo, la han arrostrado á sangre fría. Si Artemisa, Candaza, y la hija de Cleopatra, pudieron desafiarla, también puedo imitar sus ejemplos, para no ser esposa de un hombre que detesto. — ¡Oh! ¡Esto es ya mucho! ¡He aquí los efectos de las iniquas novelas que he tenido la debilidad de dexarte leer!... ¿Dónde están? continuó diciendo, y registrando con la vista todo el gabinete: quemaré quantas encontrare á la mano.

Aun estaban los libros sobre una mesa: viólos el Marques, y

mandó á una criada que los baxase. Arabela , no atreviendose á interceder por ellos , los dexó expuestos al furor de su padre , y lloró con amargura su suerte. Pero la fortuna , que nunca abandona á los personajes ilustres , los sacó del peligro en que estaban.

CAPÍTULO XIV.

La aventura de los libros felizmente terminada.

Mandó el Marques llamar á Glanville , y le dixo , que iba á exterminar , quemándolos , todos los libros de Arabela... „Para vengarte , añadió riéndose , del mal que te han causado , es menester que presidas á la execucion. — Muy indispuerto estoy ciertamente contra Estatira ; pero pi-

do su perdon : ruegos que , por consideracion á mí , conserveis lo que ama mi prima ; y permitid que yo me haga de ello un mérito con la ofendida. — Está bien , sobri- no mio ; pero mira que dexas subsistente el mal que conviene destruir.

Se apoderó Glanville de los libros , temiendo que su antio no mudase de resolucion ; y , dándose la enhorabuena de haber hallado el medio de hacer sus paces , corrió , á toda priesa , á la habitacion de Arabela , donde entró á pesar de Lucía : en ella lloraba , de todo corazon , la pérdida de sus heroínas.

Sin embargo de la ridiculez de semejante dolor , se esforzó Glanville á mostrarse sobremanera triste. Dió disculpas sobre la irregularidad de su visita , y restituyó

el tesoro. Una sonrisa agradable animó la fisionomía de Arabela: volvió los ojos complacida hácia los tomazos de á folio, y dió á Glanville una ojeada de aprobacion. — „Esperais, ya lo veo, que esta accion generosa ahuyente mi sentimiento : no soy ingrata, y quiero perdonaros : dexadme sola, Glanville, que necesito de reposo.”

Con una profunda reverencia se despidió Glanville, y se dirigió á dar parte á su tio del éxito de su diligencia.

CAPÍTULO XV.

Incidente naturalísimo.

Cada día iba ganando mas Glanville en la estimacion de Arabela. El Marques lo advertia con gusto , y deseaba apresurar su union; pero las reflexiones le aconsejaron que no era tiempo todavía. Fueron las cosas siguiendo naturalmente su curso , y se pasaron algunos meses con el mayor sosiego. Cayó enfermo el Marques , y , por los primeros síntomas , se graduó su enfermedad de peligrosa. La ternura que manifestó Arabela con aquel motivo, sus inquietudes , y la atencion con que servia á su padre , fueron nuevos atractivos , que obraron sobre el corazon de Glanville. A

proporcion de como la enfermedad progresaba , crecia el dolor, el interés , el cuidado , y la asistencia continua de Arabela. A nadie permitia que velára á su padre ; sufrió su humor impertinente con admirable paciencia ; y solo dormia en un sillón de brazos, quando la fatiga la precisaba á tomar algunos momentos de descanso.

Despues de haber luchado el Marques con la enfermedad quinze dias , murió en los brazos de su hija , tiernamente clavados en ella los ojos. Arrodillado Glanville delante de la cama , tenia entre las suyas una de las manos de su tio , que mojaba con lágrimas. Un desmayo que sobrevino á Arabela le quitó de aquella postura. Socorrióla inmediatamente , y empleó , en vano , por mucho tiem-

po, quantos medios fueron posibles para que volviera en sí. Como estaba privada de sentimiento, y de respiracion, y pálida, y desfigurada, concibió Glanville, por algunos instantes, la idea horrosa de que habia espirado. Abrió Arabela los ojos, pero seguidamente los volvió á cerrar. Lleváronla á su cama, y los médicos la graduaron de muy de riesgo. Las disposiciones funerarias para el entierro del Marques no tocaban á otro que á Glanville. ¡Qué situacion tan triste! Suministráronle fuerzas la necesidad y la obligacion. Su primera atencion fué enviar á buscar á su padre, nombrado curador de su prima. Tuvo el consuelo de que llegára prontamente, y se desembarazó de las lúgubres ocupaciones del entierro.

No estuvo Arabela peligrosamente enferma mas que algunos dias. Así que Glanville la juzgó convaléciente, la hizo saber que Cárlos, su padre, habia llegado, y que deseaba verla. Este caballero, que no sabia ni una palabra de la etiqueta de las heroínas, no aguardó respuesta, y pasó al quarto de su sobrina. Esta dormitaba á la sazón; y mientras Glanville hacia en la antecámara la enumeracion de sus admirables prendas, con el entusiasmo de un enamorado verdadero, le interrumpió la voz de Arabela.

CAPÍTULO XVI.

Visitas de duelo.

„¡Destino cruel! decía con voz ternísima: ¡No te contentas de privar mi infancia de las caricias y cuidados de una madre amorosa; sino que también me dejas sin el único apoyo que tenía en el mundo, qual era el de mi padre, mi amigo, y protector de mi juventud! Para sollozar se detuvo, y luego continuó así: „Reliquias preciosas del mejor padre, ¿por qué no me han permitido regaros con mis lágrimas? ¿Por qué os han desaparecido antes de que mis ojos os pagasen el tributo que os debían?... ¡Y vosotros, desapiadados! ¿Por qué me estorbasteis que cumpliese con mi padre

amado mis últimas obligaciones? ¿Por qué me arrancasteis de donde estaba? ¡Sombra sagrada, que reverencio, perdona esta falta involuntaria á tu desconsolada hija!... ¡Perdona á la que solamente vivirá para consagrarte sus llantos!”

Poco maravillado Glanville de aquel monólogo, iba á entrar para consolarla; pero su padre le detuvo, diciéndole, con ademán de consternación: „Mi sobrina está mas mala de lo que nos han dicho, porque la posee un delirio. — No, señor, le repuso Glanville, sentido de la reflexión: no delira mi prima: es comunísimo en los grandes dolores aliviarse con las quejas. — Pero las que acabo de oír, añadió el Baron, son muy extraordinarias, y persisto en creer que tiene trastornada la cabeza.

Iba á decir mas Glanville, quando Lucía llegó á decirles que su ama los esperaba. Encontráronla negligentemente recostada sobre una camilla. El luto la sentaba tan bien, que el Baron quedó admiradísimo. Arabela abrazó á su tío con un afecto tal, que lo dexó muy prendado; pero la presencia de Glanville renovó sus lágrimas. »La última vez que nos vimos, primo mio, le dixo, cumplamos entre los dos unas obligaciones muy tristes. ¡Ay! Si Dios hubiera oído nuestros ruegos, mi padre se hubiera mostrado reconocidísimo á tan generosos cuidados. Os estoy tan agradecida como mereceis, y espero que nunca me acusareis de ingrata. — Si os parece que me debeis alguna gratitud, querida prima, el único medio de acreditarla es el

de moderar vuestro dolor , y mirar por una salud que amo sobremanera : á vos y á mí nos convida á ello la razon : nuestra desgracia es de una especie que no admite remedio. — ¡ Qué debil es mi dolor , si lo comparo al de infinitos ilustres afligidos ! Sisigambis (que seguramente no carecia de fuerza ni de valor) , se envolvió en un manto , así que supo la muerte de su nieta , y no sobrevivió mas que tres dias á su pena. Menecrates mandó hacer un grandioso sepulcro á su esposa , y se enterró en él con sus cenizas. Estos sí que son gloriosos efectos de ternura , y altas pruebas de verdadera aficion. Despues de esto ¿ qué son las lágrimas que me veis derramar ?

Glanville , mortificado con semejantes despropositos , hizo quan-

to pudo para desvanecerlos... pero su padre, que nunca habia oido hablar de Sisigambis, ni de Menecrates, la preguntó ¿si habia conocido al caballero, y á la señora, que hicieron tales extravagancias. »Los he conocido, tio mio, de la misma manera que todos los que han leído sus historias. — ¡Sus historias! Habrás visto sin duda eso en algunos roman-zotes antiguos: Creeme, sobrina mia, no leas semejantes librajos, porque te aseguro que son perjudiciales á la juventud. — Me pesa, replicó Arabela, que no pensemos del mismo modo. — Te aseguro, sobrina mia, que me encontrarás siempre un tio complacientísimo, mientras no tengamos que contestar mas que sobre niñerías iguales; pero, no obstante, creo, que una señorita jóven,

razonable y juiciosa, como tú lo eres, debería hacer eleccion de otras lecturas, que de las ridiculísimas sandeces de que abundan todas tus historias caballerescas y heroycas. — Aunque os tengo respeto, no puedo menos de deciros que es indecente la declamacion que haceis contra las mejores producciones del entendimiento humano: mucho debemos á los autores que trabajaron tanto para entresacar de la historia antigua y reunir las heroycas hazañas de los grandes personajes. Por lo menos convendreis en que, sin la inimitable pluma de la señora Escudery, ignorariamos las bellas acciones de Orondates, de Aronces, de Juba, y de Artabano. Falsos historiadores publicaron que Clelia se arrojó al Tiber, para que Porsena no se la llevara en rehe-

nes ; pero la Escudery , mejor instruida , nos dice que hizo aquella accion heroyca para librar su honestidad de las violencias , y persecuciones de Sexto. Sin la Escudery creeriamos que Safo fué una licenciosa ; pues de ningun modo , porque amó á Faon con pureza , y nunca consintió que la pasion de aquel amante traspasase los límites de una amistad fraternal. Las equivocaciones y falsedades que esta escritora ilustre ha rectificado , no tienen número: dudo que otra que ella hubiese descubierto que Cleopatra fué esposa de Julio César ; y que Cesarion , su hijo , no fué asesinado por orden de Augusto , sino que casó con la hermosa Reyna de Etiopia , en cuyos estados se refugió. Las acciones valerosas que nos cuenta son muy superiores á

las que sabemos por las historias griegas y romanas. ¡Qué mezquinos son sus guerreros comparados con los heroes de la Escudery!... Por cierto, sobrina mia, repuso el anciano, que has empleado mal tu tiempo: creeme: no cites con frecuencia de esa manera, porque no hay en ello chispa de juicio. Quando niño, leí cuentos, y creia que un hombrecillo, del tamaño de mi pulgar, corria con las botas puestas de un gigante, devorador de muchachos, que andaba siete leguas de cada paso: estas puerilidades se destruyen por sí mismas; y creo que tus heroes están tan lejos del natural como mi hombrecillo. — ¡Pero, decidme, señor! ¡Creisteis esas paparruchadas á la edad en que se sabe leer! Á pesar de la opinion que parece teneis de mí, os

protesto que no me acuerdo de haber podido ser tan crédula.—Mi padre se dedicó á las armas desde niño, y ya sabeis, prima mia, que los militares, en Inglaterra, no se pican de erudicion. — ¡Mi tio ha servido! ¡Y no respeta las acciones de los grandes guerreros! — Tus heroes, sobrina mia, son tan maravillosos, que nadie ha intentado jamás imitarlos. — Puedense, no obstante, citar muchos, y la Escudery está llena de ellos. — ¿Dónde diablos quieres que se dé con esa gente, á menos que no estén en tu imaginacion, que, por desgracia, me parece abundante de quimeras. — Si vuestra intencion, señor, es insultarme, sé hasta dónde ha de llegar el respeto que os debo : no haceis bien en venir á agravar mi dolor ; y como no estoy de humor

de sufrirlo , os suplico que me dexeis sola." Viendo Glanville á á su prima desabrida , se levantó , y convidó á su padre á dar un paseo. El anciano Baron salió descontentísimo ; graduó á su sobrina de muy mal educada ; y afeó mucho á su hermano el haber descuidado tanto su educacion. — "Os pido , padre mio , que no la juzgueis en estos momentos de enfado : os aseguro que no es lo que parece. — Es hermosa : te lo confieso : eres mozo , y enamorado ; y , de consiguiente , hijo mio , incapáz de juzgarla como yo : su modo de hablar es raro , y sus ideas estrambóticas : si tuviera el entendimiento , que gratuitamente la supones , ¿ se persuadiria á cosas que repugnan á un juicio sano ? ¿ Alabaria á un loco que se enterró con su muger ? ¿ Admira-

ria á una imbecil, que muere voluntariamente rebujada en un manto? He oido sus conceptos, y es evidente que pasará en todas partes por una extravagante.

Como tan persuadido Glanville á la verdad de aquellas observaciones, no pudo contener un suspiro, que su padre notó. „Supuesto que ha de ser tu esposa, continuó diciendo, trabaja en inculcarla ideas mas justas, porque, á pesar de sus inmensos bienes, padecería yo mucho de verme con una nuera que te pusiese en el caso de correrte... Pero ¿ cómo estás con ella? — Vivimos familiarmente mientras mi corazon no toma parte en las conversaciones; porque si yo me atreviera á pronunciar la palabra *amor*, seria tratado con la mayor dureza. — Si la dixeras que su padre te ha de-

xado la tercera parte de sus bienes, en caso de que no quiera casarse contigo, ¿te parece que esto no trocaria su modo de pensar? Dexame hacer, que yo la hablaré como conviene. — Ruegos, señor, que nada hagais, porque ese medio no se aviene con mi desinterés. — Bien, hijo mio, no te hablaré mas de ello; pues aunque mi hermano me ha nombrado Tutor de su hija, no me ha dado libertad para oponerme á sus gustos: verdad es que la aconseja que consulte conmigo; pero puede casarse sin mi consentimiento.

Glanville pensaba mas en su prima que en las observaciones de su padre; dió una respuesta lacónica, y buscó la ocasion de quedarse solo. Exâminó los inconvenientes que podian resultar de la

muerte del Marques, y previó que su prima, quando se presentase en el mundo, iba á verse circundada de un enxambre de adoradores, entre los quales probablemente los habria mas amables que él. Esta idea lo tiranizaba... ¿Por qué, decia, no le ha encargado su padre expresamente que se casara conmigo?... La veneracion que tributa á su memoria hubiera asegurado mi felicidad... Pero ¿sería yo dichoso no debiendo su corazon mas que á la obediencia?... Despues de muchas reflexiones, se fixó en hacer nuevos esfuerzos para agradar á su prima, y se determinó á no servirse del medio que le ofrecia el testamento de su tio.

CAPÍTULO XVII.

*Acaecimientos ordinarios expuestos á
nueva luz.*

Bastante restablecida ya Arabela para salir de su quarto , tuvo tantas ocasiones de gustar á su tio por medio de la conversacion (siempre agradable en no tratándose de novelas) que se aficionó mucho á ella , y mostró que le incomodaba el verse precisado á dexarla. Persuadióla mucho á que fuese con él á Lóndres ; pero , determinada á pasar el año de su luto en el retiro , se resistió á la curiosidad de ver la capital. Leyéronla el testamento de su padre ; celebró mucho el artículo que hablaba con Glanville ; y le dió la enhorabuena en un estilo

finísimo. Glanville suspiró, y no se atrevió á mirarla al darla gracias. El Baron, que penetró lo que pasaba en el alma de su hijo, dixo á su sobrina que su enhorabuena podia tomarse por un agüero desventajoso, porque su hijo no podia gozar de los beneficios de su tio sino á expensas de su felicidad.

Conoció Arabela el objeto de aquella proposicion: encendiéron-sela los colores, y eludió la respuesta con algunas preguntas sobre el manejo de su casa. Mandó distribuir las mandas que su padre habia hecho á los criados; y deseó que á los que le habian asistido, durante su enfermedad, se les continuase el salario. Además, dexó enteramente al cuidado de su tio la distribucion de sus bienes, y se refirió á él para fi-

zar sus gastos hasta salir de la tutela , para lo que no la faltaban mas que tres años.

Todo ordenado ya , se dispuso el Baron á partir. Glanville deseaba quedarse ; pero Arabela representó que su compañía podria perjudicar á su reputacion ; y añadió reflexiones tan prudentes y sólidas , que su tio no se atrevió á interceder por Glanville. Todo lo que éste pudo conseguir fué el permiso de venir á verla , con tal de que Carlota , su hermana, lo acompañase.

Llegado el dia de la marcha, se despidió el tio de la sobrina, dándola los mas señalados testimonios de su afecto. Glanville tenia los ojos arrasados de lágrimas. Arabela lo advirtió , y se despidió de él de manera que lo dexó consolado.

Sola ya Arabela, la fueron pareciendo mas largos los dias. La imágen de su padre la melancolizaba cruelmente, viendose privada de distraccion y de sociedad: acordabase de las conversaciones divertidas que habia tenido con su primo, y se veia precisada á hacerle justicia. Sus libros, pues, fueron todo su recurso. Pero Arabela comenzaba ya á fastidiarse, quando la casualidad la proporcionó un conocimiento que la ocupó por algunos dias. Se encontró, á la puerta de la iglesia, con una dama de pocos años, acompañada de una muger de algunos mas, que parecia una criada de confianza. Lo bien ajustado de su vestido, su porte noble, su magestuoso talle, y la hermosura de sus facciones, avivaron en nuestra heroína la idea de la bella Condaza,

tal qual la pinta Magdalena Escudery. Arabela la observó mucho; figuróse que notaba en sus ojos la expresion del pesar, y se imaginó una serie novelesca de desventuras. Al salir de la iglesia, se hizo contradiza con la hermosa extranjera, la ofreció dos asientos en su coche, y la suplicó que pasase á hacerla compañía en su quinta: aceptóse el ofrecimiento. La eloqüencia sencilla de Arabela; su cándor; y un no sé qué de benevolencia y de finura de que participaba quanto decia; eran cosas nuevas para aquella dama, que trabajosamente pudo gustar de una conversacion en que no entraban á la parte la maledicencia, y la historia de las modas. Pero Arabela, creyendo que el caracter sombrío de su nueva compañera fuese efecto de sus penas, la

propuso , por distraerla , ir á pasearse , no dudando que la vista de las grutas , de los bosquecillos , y arroyuelos , la determinarían á franquear su corazón. La dama no dexó , á la verdad , de despedir algunos suspiros , pero habló solo de cosas indiferentes , y no se explicó como una heroina afligida. Despues de haber observado mil cosas de poca importancia , dixo , en fin , que aquellos jardines se parecían mucho á los de su suegro el Duque de... Arabela , familiarizada con la grandeza por su nacimiento , y por sus lecturas , no respondió cosa alguna. La extranjera se formalizó , y dió muestras de querer volverse á su casa ; pero Arabela la instó tanto para que se quedára , que , al fin , se esforzó á complacerla. Su misma reserva iba em-

peñando mas y mas la curiosidad de nuestra heroina ; y abrazó el partido de hacer hablar á la criada. Á la mañana siguiente , la llamo á su quarto , y la pidió , con su natural sencillez , que la contase la historia de su ama. Moris, así se llamaba esta muger , vaciló primeramente ; pero era habladora , poco leal , y , además , esperaba que se la pagase muy bien su cuento. Estos motivos , y particularmente el último , la resolvieron á descubrir lo que la mandaba callar su obligacion. — » Creida estoy , la dixo Arabela , en que vuestra linda señora tiene razones particulares para venir á refugiarse á este desierto , y á ocultar aquí su nombre : aseguraos de que la protegeré en quanto dependiere de mí : podeis hablar sin reparo.

Poquísimo gustosa Moris con

semejante oferta , arrugó el ceño ; pero Arabela , á efecto de inspirarla confianza , añadió : „ Os dispense de que empeceis por los sucesos de su infancia : pasad rapidamente á las cosas importantes : dadme el gusto de pintarme bien los afectos de su alma , en los instantes críticos , para que pueda yo apreciar las cosas , y juzgar mejor de vuestra ama .

CAPÍTULO XVIII.

Historia de la inglesa Groves.

Poco tiempo ha , dixo Morris , que estoy sirviendo á mi señora ; pero creo que sé bien todas las circunstancias de su vida : piensa que las ignoro : éste es el segundo viage que hace de esta especie. — Hacedme la narra-

cion con método : es inutil decirme que Groves ha hecho dos viajes , antes de instruirme del motivo porque los ha hecho. Empezad diciéndome quiénes son sus padres. — Su padre fué un gran negociante , que dexó , al morir , muchísimos bienes. Su madre , á quien tocaron la mitad de ellos , quedó tan rica , que el Duque de... viudo algunos años habia , no se desdeñó de obsequiarla. Dió oídos , por vanidad , á dicho señor , y se casó con él , antes de espirar el tiempo de la viudez , fijado por las leyes de la decencia. Mi ama , que entonces tenia doce años , pasó con su madre á una casa de campo del Duque , y se educó con los hijos de éste , que tenían casi la misma edad : era muy soberbia ; nunca quiso doblegarse á las debidas considera-

ciones ; y se dió á aborrecer : las hijas del Duque eran modestas, agradables, reservadas y prudentes : gustaba mi ama de diversiones ruidosas ; se disfrazaba con frecuencia de hombre ; y se moria por los ejercicios varoniles : estas diferiencias de caracteres fueron un continuado origen de discordias. La Duquesa , ciega por su hija , la permitia correr incesantemente por los bosques y campiñas ; y exponer su hermosa cara á la aspereza del sol , de la lluvia y del viento , dexándola tomar , con aquel genero de vida, inclinaciones no convenientes á su sexó : conoció la madre su yerro , quando la dixerón que su hija daba oidos á un cazador , y que la acompañaba siempre que montaba á caballo. — Hay gran diferiencia, interrumpió Arabela , entre escu-

char á un joven en el sentido que decis, ó verse precisada á escucharlo por circunstancias particulares: supongo que este último caso es el de vuestra señora, porque no es posible que una muger bien nacida se descomponga hasta ese punto. — Sea como quiera, señora, la Duquesa creyó que la prudencia aconsejaba no dexarla mas salir; y este medio no la salió bien: mi ama se inclinaba tanto al amor, que convirtió en amante suyo á su maestro de escribir. — La aventura es de admirar; pero no sin exemplo: no ha mucho tiempo que un hombre de distincion se disfrazó de jardinero para estar á la vista de la hija de un señor de quien estaba enamorado: estas cosas suceden cada dia. — Pues, señora, éste de quien hablo no habia hecho jamás otra

cosa que enseñar á escribir. Mi señora prendada locamente de su persona, disponia lo necesario para escaparse con él, quando se descubrió el enredo: echaron de casa al maestro, y á la señora la enviaron á Lóndres, donde, desatendida por su madre, se encontró dueña de sus acciones á los diez y seis años de su edad: ved aquí el origen de sus desgracias. — Pues yo insistió en creer que el maestro de escribir era un hombre de calidad, porque hay muchos exemplos que justifican mi opinion: aguardo, en lo sucesivo, verlo representar papeles diferentes. — Yo, señora, repuso Moris, nunca mas he oido hablar de sus amores, pero sé que vive, y que continúa enseñando á escribir. — No pueden creerse las cosas que ofenden á la verisimi-

litud : mas natural es suponer que viaja actualmente por las provincias de Inglaterra buscando el objeto de su amor. — Si hubiera tenido gana de ver á mi señora, bien sabia que estaba en Lóndres, y le era facilísimo el ir á verla; pero discurro que nunca ha pensado en ello. — Hay acaecimientos, cuya explicacion es dificil: no hay duda : acaso le hicieron creer que su amada lo habia desterrado de su presencia ; acaso tambien estaba zeloso... Los zelos son inseparables del amor : no hubo pasion mas pura que la que tuvo Artamenes á Mandana ; y, no obstante , aquel Príncipe se enfureció por una sospecha mal fundada...” Moris escuchaba como una boba las observaciones de Arabela , y continuó su narracion: »Mi ama fué á parar á casa del

padre de su camarera , que era un mercader perseguido por sus acreedores , y allí se estableció. Sus bienes , como ya os dixé , eran muchos , y allí apuró sus extravagancias , y disipó sin tino : toda la casa de su huesped vivia á expensas suyas ; alimentaba una caterva de parasitas , que así oí decir que se llamaban ; jugaba muy fuerte ; y no se perdonaba ninguna de las superfluidades dispendiosas invenciones del luxo: inutil es que yo os la retrate, pues os ha parecido hermosa , aun habiendo perdido su primera lozanía : se presentó en la corte con esplendor ; el Rey la tuvo por digna de sus miradas ; y las mugeres , por venganza , dixeron, que no solamente no era cosa , sino que el único mérito que tenia para agradar á S. M. era el de

un cierto ayre aleman. Mi señora, ensoberbecida con el voto del Soberano, aumentó sus ridiculeces; se hizo llamar la hija del Duque de...; y nunca mas habló de su padre: supose, no obstante, quien era, y se dixeron mil bufonadas sobre su nacimiento: aunque admirada en la corte, no hizo en ella conquistas: ninguno se queria aventurar á casarse con una señorita, cuyo genio é inclinaciones no prometian atractivo alguno para un marido. Liwenton, hermano del Conde de... fué el único que la obsequió: tenia bella persona, hablaba bien, y agradaba á las mugeres por un exterior bondoso, que era efecto del arte. Mi ama se envaneció de ello, y bastaron para perderla algunos meses de trato: rindióse á unos juramentós mil veces quebranta-

dos: su oculto manejo tuvo conseqüencias, que no pudo ocultar á su criada favorecida: aconsejaronla que se fuese á una casa de campo, y siguió el consejo. Liwenton la iba á ver, pero raras veces: se disculpaba con el temor de que no la descubriesen; pero la verdad era que no la echaba menos. Parió mi señora un niño muerto; y tres semanas despues volvió á Londres mas hermosa que nunca; y Liwenton tambien á la continuacion de su íntimo trato: éste tuvo las mismas conseqüencias que el primero. El mercader en cuya casa estableció su domicilio cometió la indignidad de divulgar su estado, y su amante la baxeza de jactarse publicamente de sus favores. Mi ama protestó que Liwenton la habia dado solemnemente palabra de ca-

samiento: él lo negó, y dixo, además, que, como la conquista habia sido tan facil, no era menester recurrir al perjurio.

„¡Qué ciego es el amor! continuó mi señora amando á aquel hombre abominable, y nunca permitió que se hablase mal de él en su presencia. Adelantaba su embarazo, y fué menester volver al campo; pero el desórden de sus negocios se lo impedia: vióse precisada á recurrir á uno de sus tios (rico negociante) quien pagó sus deudas, y se apoderó de sus negocios hasta que tuviese mas edad. Forzada, pues, mi ama á vivir con cien libras esterlinas al año, se vino á este pais, donde parió una niña, que Liwenton tuvo la inhumanidad de quitarla, sin darla parte de sus intenciones.

„El hermano del caballero en

cuya casa posaba , prendado de su hermosura , y acaso de lo mucho que aguarda de su madre, ha cerrado los ojos sobre la irregularidad de su vida , y ha casado con ella. El matrimonio todavía está secreto , porque se ha hecho sin el consentimiento del tío ; pero su marido ha ido á Londres á noticiarselo , y hay apariencia de que , á su vuelta , la llamarán publicamente la señora Barnet.

CAPÍTULO XIX.
Cosas que el lector no aprobará ciertamente.

Acabó su narracion Moris, y Arabela , movida hasta llorar, la dió gracias del trabajo que se habia tomado , y la prometió el

secreto. »La suerte de vuestra ama, la dixo, es seguramente lastimosa; y aun hallo que tiene mucha relacion con la de Cleopatra, á quien Julio César dió secretamente la mano, protestándola de clarar que era su esposa, luego que fuese pacífico poseedor del imperio romano; pero abandonó á aquella gran reyna quando iba á dar á luz el fruto de sus amores, exponiéndola inhumanamente á los tiros de la calumnia.» Viendo Moris que Arabela recibia la historia de su ama baxo un punto de vista favorable, se guardó bien de desengañarla, y salió mortificadísima de no haber tocado la recompensa que aguardaba. En aquel instante llegó la inglesa Groves. Sorprendióse de encontrar allí á su criada, y ya iba á preguntarla, quando Ara-

bela la salió al encuentro diciendo: „Os aseguro que me han hecho mucha impresion...” La Groves se sonrojó de oír tales palabras ; y su criada Moris perdió el color. Arabela , que no sospechaba que pudieran ofenderse de una curiosidad inspirada por la bondad de su corazón , continuó disertando sencillamente sobre la narracion que Moris acababa de hacerla , y recapituló las circunstancias que mas la habian parado. Pero la dama inglesa , desatentada , levantó la voz , y preguntó , centelleándola los ojos, ¿que desde quando era permitido corromper á un criado para que revelára los secretos de su amo?... Pasmada Arabela de una pregunta hecha en un tono tan indecente , respondió con mucha dulzura : „¿Creeis , señora , que sea yo

menos discreta que la Princesa Leontina , á quien Clelia confió sus secretos , aunque no habia entre ellas un conocimiento mas extenso que el nuestro? No me juzgo con las perfecciones de Leontina; pero no cedo á nadie en sensibilidad y en retentiva : tened en mí , señora , la misma confianza , y no me vereis menos zelosa por vuestros intereses.”

La Groves no entendió ni una palabra de aquel bello discurso ; y Moris por poco no suelta una carcajada. „No puedo , dixo con ademan imperioso , atribuir vuestra curiosidad impertinente á otra cosa que á una crianza rústica. Liwenton no es el único hombre de mala fé ; y verisimilmente llegará tiempo en que tengais peor suerte que la mia , porque ni sois tan hermosa , ni tan discreta , que

merezcáis homenages verdaderos y puros." Dicho esto, llamó á su criada vieja, y se fué apresuradamente Arabela, que no tenia idea de semejantes furoros, se quedó como un marmol; pero, algo recobrada, creyó que la Groves estaba frenética, y fué corriendo á socorrerla. Alcanzóla á la puerta de la quinta, y empleó, sin éxito, las expresiones mas alhagüeñas para calmarla. La Groves, que continuaba enfurecida, no la dió oídos. "Aguardad, pues, señora, la dixo Arabela, que pongan los caballos al coche. — Ni quiero aguardar, ni vuestro coche, sinoirme." No pudiendo Arabela otra cosa, mandó que dos de sus lacayos la siguieran á lo lejos. Moris fué tan astuta que convenció á su ama

de que Arabela sabia ya sus aventuras ; y de vuelta á su casa la señora Groves , se contentó con decir , que la dama , con quien habia casualmente tratado , era la criatura mas ridícula que se encontraba debaxo de la capa del cielo.

CAPÍTULO XX.

Juegos Olímpicos.

Mientras Arabela meditaba sobre la conducta extravagante de la Groves , recibió una carta de su tío , en que la decia que sus hijos iban á pasar con ella algunos dias. Muy complacida quedó Arabela con la noticia. Esperaba hallar en su prima una compañera agradable ; y como conocia el mérito de su hermano , se prometia placer en volver á verlo. **A**

la carta siguió la pronta llegada de Glanville y de su hermana. Carlota era una de aquellas mujeres que nada disimulan en tratándose de graduar la belleza. Pensaba, sí, que el amor habría ampliado la de su prima; pero no quedó poco admirada de encontrarla superior al retrato que su hermano la había hecho. Arabela, prendada de Carlota, la dixo mil cosas lisongeras sobre su persona, y sus gracias; y, acabados los primeros cumplimientos, explicó Glanville tiernamente á su prima quan larga le habia parecido la ausencia, aunque corta, y la significó, con energía, el gusto que le causaba volverla á ver.

«No contenderé sobre lo que me decís, replicó Arabela riéndose, pues parece que estais contento; pero explicadme cómo ha

podido pareceros vuestra ausencia corta y larga, porque en esto hallo una contradiccion. — ¡Ay, prima! Quisiera que me permitierais deciros lo que he sufrido... — Vuestra buena salud, á lo menos, me prueba que os ha sido favorable; y éste es un cumplimiento que desde luego os hago.”

Iba á responderla Glanville, quando Carlota, que habia estado ocupada con su persona en el espejo, llegó á mezclarse en la conversacion.

Despues de comer fueron á pasearse á los jardines, donde Carlota, entrando y saliendo por varias partes, dió tiempo á su hermano para que hablára con Arabela. Temió el destierro, y no se atrevió á hablarla de amor, sino con mucha retentiva. Lisongeada Arabela de su discrecion,

se le dió por entendida, y le di-
xo cosas que pudieron alentar sus
esperanzas. Carlota, al cabo de
dos días, se fastidió de tan mag-
nífica soledad, y habló de vol-
verse á Lóndres; pero Glanville
la prometió diversiones que la ha-
rían gustosa la vida del campo; y
propuso á Arabela ir á ver las
carreras de caballos que habian
de celebrarse á algunas millas de
la quinta. Primero lo reusó por
causa del luto; pero, viendo que
su prima lo deseaba, se rindió por
complacencia. „Ya que gustas de
los juegos públicos, la dixo, ce-
lebro que estos se verifiquen mien-
tras estás en proporcion de ver-
los... ¿Se hacen estos juegos en
carros?— No, prima mia, con-
testó Glanville: los postillones
montan en los mejores caballos
que se encuentran; y hay apues-

tas , á veces considerables , que gana el primero que llega á la meta. — ¿Y qué dama dará el premio? porque sin duda alguno de sus amantes estará en la arena , y con menos inquietudes que la dama. Me acuerdo de que la bella Elisimonda tuvo la felicidad , en ocasion semejante , de ver triunfar tres veces en un dia al que amaba , y de coronarlo ella misma. — ¿De quién hablas , prima mia? preguntó Carlota , que ignoraba todas aquellas noticias. — Hablo de los juegos olímpicos , así llamados á causa de Olimpia , ciudad á que pertenecia la llanura de Elis donde se celebraban. Consistian en carreras , en luchas , y en batallas que figuraban los gladiadores con cestos , ó con manoplas de metal. Instituyeronse en honor de los dioses , y de los heroes ; y

se miraban como parte del culto religioso. Era una escuela militar en que el valor de la juventud tenia ocasion de mostrarse. La gloria del triunfo era la mayor honra á que entonces podia aspirar la juventud. Por eso quando coronaron al hijo de Diágoras, uno de sus amigos le dixo: *muerre ahora dichoso, ya que no puedes ser un Dios.* No acabaria si te contára lo que pasaba en los juegos olímpicos; pero puedes formarte alguna idea por lo que hayas leído de justas y torneos. — En verdad que nada de eso he leído. — ¡No! Pues en ese caso te diré, que las justas y torneos tenían el medio entre las peleas verdaderas, y los juegos inventados para el placer. Los juegos olímpicos eran mas variados, y se hacian con mas aparato y pompa.

Toda la Grecia, y los países circunvecinos, no solamente asistian, sino que tambien pagaban contribuciones para que el espectáculo fuera mas magestuoso. — De nada de eso oí jamás hablar, repuso Carlota bostezando: las carreras que he visto me han parecido muy diferentes. — Sin duda veremos una multitud de heroes atraidos de todas partes por el deseo de adquirir gloria. — Los postillones, ó heroes, como te se antoje llamarlos, replicó Carlota, tienen poca parte en la gloria y en el provecho, porque aquella pertenece á los caballos, y éste á sus dueños. — ¡Á sus dueños! exclamó Arabela; ¿pues qué envian los Príncipes á sus favorecidos? Acuerdome que leí que Alcibiades triunfó por tres veces en los juegos olímpicos, y que de-

bió su gloria á los embaxadores que vinieron á combatir por sus Monarcas."

Glanville, temiendo alguna respuesta inoportuna de su hermana, se apoderó de la conversacion, y disertó sobre la historia griega, mientras Carlota se divertia en gorgoritear algunas cantinelas.

CAPÍTULO XXI.

Su principal mérito está en acabar con una excelente sentencia.

Llegado el dia de las carreras, (ó de los juegos como Arabella los llamaba), pasó Carlota quatro horas en su tocador, é hizo quanto la fué posible para superar á su prima en buen pare-

cer, ya que el luto no la permitia mas que una compostura ligera y sencilla ; y así que el espejo la dixo, que nada tenia que añadir á su adorno, corrió al quarto de Arabela, que todavia estaba con su vestido casero: » ¡cómo es esto! ¿Aun no estás vestida, prima mía? Mi hermano dice que ya es tiempo de marchar, ¿y aun no has empezado á vestirse? — Sosiégate, la contestó Arabela, quitándose su cofia dormilona: no te haré esperar. Carlota se la sentó al lado para tener motivo de criticarla ; pero vió, con mortificacion suya, que el arte la era inutil ; y que estaba linda, sin poner de su parte para parecerlo. Carlota confiaba, á lo menos, en oír ridiculizar el vestido de Arabela, y en ver á las damas reirse de un velo, que aun-

que, á la verdad, la sentaba bien, no estaba aprobado por la moda.

Vestida ya Arabela, tomaron el coche, con apariencias de buen humor de una y otra parte, y marcharon.

Llegaron quando iban á empezarse las carreras. Arabela, que vió á los corredores vestidos con chupas de raso de diferentes colores, creyó que eran personas de distincion, y se interesó por el que tenia mejor figura; pero de tal manera en sus primeras ventajas, que Carlota la dixo secamente, que notarian su complacencia, y creerian que el postillon no la era indiferente.

Sentido Glanville de la proposicion, se mordió los labios; pero Arabela no la llevó á mal. „Te aseguro, la respondió sonriéndose, que me muestro parcial por

éste, á causa de tener mejor traza, y de ser mas diestro que los otros... Acaso imaginas que es alguno de mis ocultos amantes; pero te protesto que no es por mí por quien aspira á la gloria. — ¡Ay, Dios mio! Prima, ¿qué es lo que hablas? Todos te gradúan de hermosa; pero no son tan poderosos tus atractivos, que alcancen á seducir á gentes de esta especie...” Arabela ocupada en la observacion de sus heroes, prestó poca atencion á este sarcasmo; y Glanville se aprovechó del momento en que asomó la cabeza por la portezuela del coche para re- prender á su hermana. Un caba- llerito, llamado Jorge Belmur, mo- vido por la curiosidad de ver mas de cerca la bella figura de nues- tra heroina, iba á informarse de quien era, quando vió á Glan-

ville : se acercó respetuosamente al coche ; saludó á las damas ; y dió la mano á su antiguo amigo. Sintió mucho Glanville aquel encuentro ; pero se dominó lo necesario para que no lo conocieran. Carlota , regocijadísima de haber dado con alguno que la dixerá lisonjas , se dirigió al caballero Jorge : » Es verdad que llegais oportunamente para alegrar nuestra conversacion : los parientes entre sí forman una sociedad muy triste : un cuarto de hora há que no hacemos otra cosa que enviarnos de rechazo tres ó quatro palabras , como si nuestros entendimientos jugaran al Volante. — Mi prima , dixo Arabela , tiene un genio tan jovial , que gradúa de perdidos todos los instantes en que no rie. Yo estoy enteramente embobada en el espectáculo ; y mi

curiosidad de saber á quien la fortuna concederá la victoria es tal, que ni aun se distrae mi atención con lo festivo de su caracter...” Atento Glanville á las impresiones que recibia su amigo, le habló de caballos, de corredores, de apuestas, &c.; pero Arabela los interrumpió con esta pregunta: „Decidme, señores, ¿se sabe quién es el galan escudero que ha ganado el primer premio?” Jorge, maravillado de aquel modo de explicarse, respondió: „Os protesto, señora, que no me he informado de su nombre.” Mientras hablaban, ganó otro premio el mismo corredor, y Arabela no pudo ocultar su gozo: „Mucho temo, dixo, que no tengamos la satisfaccion de saber quien sea: acaso desaparecerá como Hortensio en los juegos olímpicos.”

Las monadas seductoras de Carlota hicieron que Jorge Belmuro no atendiese á dicha singular expresión ; y Glanville opinó por volverse á la quinta. Carlota, que no quiso soltar á Belmuro, lo obligó á que entregara el caballo á uno de sus criados, y á que se metiera en el coche. Mientras el camino, Arabela continuó hablando de los juegos, y Glanville haciendo quanto podia para desvanecer la conversacion. El joven, embobado con la hermosura de su nuevo conocimiento, la escuchaba con una admiracion que no podia disimular. Prolongó su visita esperando ocasion de decir alguna cosa lisonjera ; pero Carlota usó de tanto arte, que solo paró su consideracion en ella. Partió, en fin, sin haber insinuado á Arabela nada

de su inclinacion (osadía que lo hubiera desterrado para siempre de su presencia), y estuvo tan preocupado que se disgustó mucho de ello: *¡Tan incapaces son los pobres humanos de conocer, y de juzgar las cosas que les convienen!*

CAPÍTULO XXII.

Confianzas curiosísimas.

Notando Arabela la familiaridad con que su prima trataba con aquel joven, se persuadió á que era su amante correspondido, y la entró curiosidad de saber su historia (porque en todo suponía algo de extraordinario y maravilloso). Paseándose, al dia siguiente, con su prima, la dixo: que era extraño que dos parientas,

que debieran estar estrechamente unidas, observasen entre sí una reserva fatigosa. »No cabe, prima mia, que, siendo tan muchacha y tan amable como eres, no hayas tenido infinitas aventuras. ¿Tendrás tan mala idea de mi prudencia, que temas participármelas?... — ¡Yo aventuras, Arabela! — Nadie como tú ha estado mas en el caso de ser admirada, y no es dudable que habrás tenido un gran número de obsequiadores. — Por lo que hace á obsequiadores no me han faltado; pero aventuras, te aseguro que nunca las he tenido. — ¡Calla! ¿Me hablas sinceramente? — En verdad que sí; y no comprendo por qué piensas de otro modo. — Dichosísima eres, porque creo que las mas de las mugeres hermosas las han tenido, y, con

frecüencia , muy fatales. — Si conocieras mejor el mundo , prima mia , no creerías tan facilmente que las señoritas jóvenes se exponen á aventuras : las educadas en las ciudades son dificiles de seducir ; y esta suerte de despropósitos indican siempre una educacion de campo. — Pero puede una muger ser robada con violencia ; porque hay hombres de pasiones tan desenfrenadas... ¿Te acuerdas de quantos raptos tuvo Mandana? — No por cierto : no conozco á esa muger : ¿Es alguna judía? — No lo fué ; pero favoreció á esta secta , y proporcionó la libertad á muchos judíos que Cyro habia esclavizado. — Parece como que nada reusaba á ese señor Cyro , y que... — No lo creas , prima : lo hizo penar muchísimo tiempo por una banda que solicitaba de ella

puesto á sus pies. — Y tuvo razon: ¿para qué la pedia una cosa que ella tenia gusto de poseer? Lo mismo haria yo en igual caso. — Pues Mandana, tan rigurosamente virtuosa como tú, se mantuvo inexorable; pero creo que hubiera podido templar algo su extremo rigor en favor de un amante como Cyro. — Y dime: ¿á qué cuento viene el mezclarme con ese Cyro, y esa Mandana? ¿Qué es lo que quieres decir con eso? Vamos... — Nada, sino que eres rigurosísima. — ¡Rigurosísima! — Sí; porque hay casos en que pueden concederse favores. — Pues, prima mia, sabe que yo no concedo favores á nadie. — Y quando lo hicieras, sabe que los hay tales, que no comprometen la opinion ni la gloria. — Espero no deber á nadie tanta gratitud, que

solo pueda pagarla con favores. — Me traes á la memoria , Carlota, á la bellísima y rígida Antonia, que se dió por ofendida de que uno de sus amantes ocultos la confesase que se habia atrevido á amarla.”

No imaginando Carlota que Arabela pudiese hablar seriamente , creyó que todas sus reflexiones eran meras chanzas, pero punzantes y satíricas ; y como no pudiese satisfacerlas , corrieron de sus ojos las lágrimas que arranca la cólera y el despecho. Arabela, cuyo corazon era bondosísimo , la pidió perdon ; y , para desvanecerla su sospecha , la ofreció justificar lo dicho con el libro en la mano.” — Tú me hablas de Cyro, de virtud , de rigidez , de Antonia , y de favores ; y , seguramente , estas cosas encierran alusiones,

que no concibo... solo sí he concedido algunas miradas tiernas, y eso con mucha dificultad. — Te aseguro, Carlota, que mi imaginacion no llegaba á tanto, ni te creia tan ligera como tú misma... ¡Con qué, miradas tiernas! — He aquí, pues, el objeto de tus proposiciones obscuras y capciosas, repuso Carlota: apruebas los favores baxo el nombre de Mandana, para arrancarme una especie de confesion, y adquirir el derecho de corregirme. — Los favores de que yo hablaba, prima, son de otra especie, como, por exemplo, una banda, un bracelete, ó cosas semejantes, que es lo que puede merecer un amator, que ha suspirado secretamente años enteros. Quando sostuvistes que Mandana hizo bien en haber reusado la banda al gran Cyro, con-

fieso que me engañé, y te comparé entonces á la severa Antonia ; pero ahora te juzgo tan indiscreta como Julia.”

Mientras Arabela hablaba, tuvo tiempo Carlota para enxugar-se las lágrimas. De mala fé ya con su prima, titubeaba en si dexaria prontamente la quinta, ó en si fingiria reconciliarse para lograr mejor su venganza. Su carácter petulante la inclinaba al primer medio ; pero la costaba mucho renunciar al gusto de ver á Belmur, á quien amaba, y determinarse á dexar abandonada á los hechizos de su prima conquista semejante. Tomó el partido de disimular, é hizo como que escuchaba atentamente una larga disertacion sobre como habia de manejarse con los amantes indiscretos : todo conforme á las reglas

mas severas del heroismo. Dada esta leccion , Arabela abrazó á su prima , asegurándola de que , si habia dicho algo que pudiera desagradarla , solo habia sido por lo que la importaba su gloria. En tal estado se hallaban las cosas, quando entró Glanville á convidar á Arabela , de parte de Jorge , á pasar el dia en su casa... «Verisimilmente no ireis , prima, á causa de vuestro luto , y mi hermana y yo tampoco aceptaremos el convite. — No me parece, interrumpió Carlota , que mi prima gastará con nosotros ceremonias , y que , no pudiendo salir, quiera tambien tenernos encerrados. — No, ciertamente, dixo Arabela : el caballero Jorge os prepara un festin , y es justo que asistais á él : ruegoos que admitais su convite.» Contentísimo Glan-

ville de que su prima se reusara , intentó persuadir á su hermana que la acompañase ; pero mostró tanta displicencia , que no se atrevió á insistir. Fueron los dos hermanos á vestirse ; y Arabela á buscar sus novelotas en folio. Carlota , despues de empleado todo el arte imaginable para parecer hermosa á los ojos de Jorge , fué á ver un instante á su prima , esperanzada en darla zelos ; pero Arabela alabó sobremana su tez , sus facciones , y su persona. „No dudo , la dixo , que encadenarás hoy á tu carro mas de un corazon ; pero cuidado con que no expongas tu libertad propia cautivando la agena.” Carlota , que no comprendia como podia una muger alabar á otra sinceramente , puso los ojos en el espejo para asegurarse de si faltaba

algo á su compostura. Avisó Glanville que el coche estaba pronto, se despidió respetuosamente de su prima, y acompañó á su hermana al coche. El caballero Jorge, mortificadísimo de no ver á Arabela, dió la mano á Carlota con tan melancólica tibieza, que ella le dió quejas; pero como observó los muchos gastos de tocador, que se habian hecho para él, se portó como galan cortesano.

CAPÍTULO XXIII.

Aventura peligrosísima.

Mientras la ausencia de ambos hermanos, tuvo Arabela un grandísimo susto, causado por un suceso imprevisto. Columbró desde su ventana al ilustre amante, aparecido baxo el nombre de

Eduardo , hablando aparte con el Mayordomo de la casa. El uno parecia como que entablaba proposiciones , y el otro como que las prestaba atento oido. Fue tal su trastorno , que solo pudo observar algunos instantes. Dexóse caer sobre un camapé , sin mas fuerza que la precisa para llamar á Lucía. Esta , que se asustó de ver á su señora pálida y trémula , se disponia á cortar cintas y cordones para el desahogo , quando Arabela , con poquísima voz , la dixo , que la vendian sus propios criados , y que estaba para caer en manos de un indigno robador. „Lo he visto , continuó diciendo , con uno de mis criados , y adivinado lo que decian. Temo ser arrebatada de mi casa , y verme expuesta á las violencias de un amante temerario. — ¡Ay! ex-

clamó Lucía tan asombrada como su ama: ¿quién ha podido formar proyecto semejante? No hay ladrones tan atrevidos que intenten cosa alguna á estas horas. — Los hay, querida Lucía; los hay, respondió Arabela muy gravemente: no son de esos ladrones que buscan oro y alhajas, sino de los que hurtan cosas de mas precio, como son la libertad y la honra... ¿Te acuerdas de aquel amante disfrazado, que trabajó en los jardines, baxo el nombre de Eduardo? — Sí, señora. — Pues bien: ese está actualmente en casa trabajando en corromper á mis criados, y tengo la perspectiva horrorosa de estar expuesta á su tiranía. — ¡Ay, Dios mio! ¡Tiranía! ¡Dios os guarde de ella! Pues ¿qué habeis hecho? — Mi crimen es tener algunos atractivos... ¿Quién sabe si

en este instante mismo no se forma ya el proyecto de forzar mi habitacion? Esas cerraduras y cerrojos (tú lo sabes como yo) no pueden oponer mas que una resistencia débil. — Ama mia, ¿qué será de nosotras? — ¡Ah, Glanville, Glanville! ¿Dónde estás?... Lucía, si en algo tienes mi amistad, guárdate bien de revelar nunca una exclamacion que me arranca el cruel estado en que me veo: moriria yo de vergüenza, si Glanville conociese su felicidad... ¡Ay, cielos! ¡perdidias somos!... ¡Qué llaman! vé á ver quién es. — No tengo valor, señora: me tiemblan las piernas. — ¡Flaca criatura! ¡Qué poco á proposito eres para sostener semejantes escenas!... Sí Silenia, y Martecia te se hubieran parecido, la bella Berenice, y la Princesa de Media no

hubieran suplicado á sus raptos-
res que no las separasen nunca
de ellas." Viendo Lucía enojada
á su señora , salió del gabinete,
pero se quedó en la primera pie-
za desde donde gritó : ¿ Quién
llama? — Yo soy , respondió el
Mayordomo , que tengo que de-
cir á la señora : ¿ no puedo ha-
blarla ahora mismo?" Lucía , al-
go mas recobrada , no contestó,
sino se fué de puntillas á la puer-
ta , cerró de pronto los cerrojos,
y dixo entonces con una voz firme:
„No ; y yo haré de modo que no
os acerqueis á ella. — ¿ Por qué,
pues? — Porque sois un pícaro. —
¡ Un pícaro ! Título nuevo para
mí : vengo á decirla que Eduar-
do pretende volver á entrar en
casa... Por lo demás... yo sabré
si sois mandada para tratarme tan
mal." Mientras este diálogo, ha-

bia tenido tiempo Arabela para ponerse á escuchar en la antecámara. » ¡ Ah , traydor ! exclamó : ¡ se ha dexado corromper , y quiere entregar á su señora ! ... Esto ya es cosa determinada : van á derribar las puertas . — ¿ No pudierais , señora , baxar por la escalera secreta , y ocultaros en el quarto del jardinero hasta la llegada del señor Glanville ? — No haré tal , porque puede ser de los conjurados : procuremos entrar en el jardin sin ser vistas ; y ganaremos el campo por la puerta que está á lo último del terraplen , de que yo sola tengo la llave ... Vamos , Lucía estimada : dexemos este sitio peligroso , y pongámonos en manos de la Divina Providencia . — ¿ Pero , y adónde iremos ? — Me guiarás á casa de tu hermano ; y acaso encontraremos algun

caballero generoso que nos proteja.”

Tapóse con un velo negro, bajó la escalerilla (acompañada de Lucía, que no daba un paso sin mirar atrás), ganó la puerta del Terraplen, la abrió con precipitación, y se puso en marcha buscando asilo. A cada instante la parecían á Arabela los árboles caballeros, y aceleraba sus pasos; y se encontraba siempre engañada por su imaginacion. No habiamas que dos millas desde la quinta á la granja de Guillermo; pero era tanto el calor, que nuestra visionaria tuvo necesidad de descansar.

Por desgracia puso el pie sobre una raiz, y se le torció: el dolor, junto con su inquietud, la originó un desmayo. Lucía la recibió en sus brazos, y la dió á

oler un espíritu , que , á preven-
cion , llevaba en un frasquito. El
valor que tenia esta pobre moza
la sugirió el intento de llevar
acuestas á su señora hasta la casa
de su hermano ; pero la faltaron
las fuerzas y el ánimo á un tiem-
po mismo... Abandonó á Arabela
en el estado penoso que acabamos
de pintar , y corrió á implorar los
socorros de su hermano. Hallá-
base éste á la puerta de su casa ;
vióla venir ; salió á su encuentro ;
y oyó , á sangre fría , la incom-
prehensible narracion que le hizo :
como hombre de buen juicio , no
pidió mas noticias ; conoció que
se trataba de una cosa urgente ; y
fué en busca de Arabela , á la que
no encontraron ya , y buscaron in-
utilmente.

Creyéndola Lucía robada , se
lamentó mas que nunca : Guillermo,

que no pudo sacar de su hermana cosa alguna inteligible, la acompañó á la quinta, donde no vió mas que gentes consternadísimas. Glanville y Carlota habian ya vuelto de su festin, entrado en el quarto de Arabela, recorrido los jardines, y hecho innumerables preguntas para averiguar su paradero. Lucía corrió á Glanville como una loca, diciéndole con dolorosa voz: »¡Ay, señor! ¿Ha parecido ya mi ama? — ¡Qué dices, Lucía! replicó Glanville azoradísimo: ¿no salistes con ella? — Sí, señor; pero la robaron estando desmayada... Habló de tiranía... y... yo conozco al que... estaba, no mucho tiempo há, en casa... aquel jardinero que... aquel...»

Sospechando Glanville alguna imaginacion extravagante de su

prima, la dixo al oído á Lucía que lo siguiera, porque deseaba que su hermana no oyese las preguntas; pero, falto de pretexto para desviarla, fueron todos tres á su quarto. Lucía, entre sollozos, dixo lo siguiente: »Vino un hombre aquí para robarla; un hombre de calidad que ha trabajado en los jardines, y que está muy enamorado, aunque nunca lo ha dicho. — ¿Cómo sabes, replicó Glanville, que es un hombre de calidad? — Mi señora me lo dixo; pero, no obstante, el jardinero mayor lo apaleó muy bien, y lo despidió luego, porque lo encontró robando peces en el estanque. — ¡Un hombre de calidad que roba peces! dixo con ironía Carlota: ¡La acción es noble! — Señorita, aquello no era mas que una astucia, porque su intencion

era tirarse de cabeza y ahogarse. — ¡Oh, Dios! esta muchacha delira: hermano mio, no escuches semejantes absurdos, porque así nunca llegaremos á... — Dexame solo con ella, hermana mia, porque la intimidas. — Tan impaciente estoy como tú, y me quedaré... ¿Das fé á lo que dice esta muger? ¿Crees?... Pero aguarda... acuérdome de que mi prima, hablando del postillon por quien se interesaba en las carreteras, me dixo no sé qué de un amante disfrazado de jardinero... Empiezo á adivinar algo: oigamos hasta el fin.”

Glanville estaba sofocado. „No nos hables mas, dixo á Lucía, de tu hombre de calidad; y, si sabes donde está mi prima, dinoslo. — Eso es lo que no sé: salimos de la quinta temerosas de que

Eduardo forzase las puertas del quarto ; y corrimos por el campo á buscar refugio en casa de mi hermano Guillermo hasta que volviéseis : mi señora se torció un pie en el camino , y del dolor se desmayó : empleé quantos medios pude para que volviera en sí ; pero todo fué en vano : quise llevarla en brazos , y me faltaron las fuerzas : en fin , acudí al auxilio de mi hermano ; y quando volvimos al sitio donde la habia yo dexado , ya no la encontramos. — ¡ Pero cómo , Lucía ! ¿ La dexastes desmayada , sola , y en campo raso ? — Así lo hice , señor ; pero no hemos dexado de recorrer ninguno de los parages donde podia estar. — ¡ Ay , cielos ! exclamó Glanville apesadumbrado : ¿ qué se ha hecho , pues ? Hermana mia , manda al primer criado que encuen-

tres que me ensille un caballo. — Señor, replicó Lucía, mejor hariais en informaros de si Eduardo está todavía en casa. — ¿Quién diablos es ese Eduardo?... — Aquel hombre de calidad, que... — Mandó á Lucía, con enfado, que no volviera á hablar de lo sucedido á nadie del mundo; y á los criados mas despiertos, que se informáran por todas partes de su señora; y él montó á caballo, sin saber hácia donde dirigirse.

CAPÍTULO XXIV.

La heroína felizmente puesta en salvo.

Aun no habria llegado Lucía á casa de Guillelmo, quando Arabela volvió de su desmayo: quedóse pasmada no viendo á Lucía:

miró en torno ; la llamó á gritos ; y como no respondiese , estuvo de nuevo para desmayarse.

„ ¡ Desventurada de mí ! exclamaba : ¿ me ha vendido aquella con quien mas contaba ? ¿ Aquella confidenta de mis íntimos pensamientos ? ¡ Ingrata muger ! mas siento tu traicion que todas mis desgracias juntas . . . La pérfida Arianta , á imitacion tuya , vendió tambien á su señora . . . Mas ¿ á qué quejarme ? ¿ Soy mas infeliz que Mandana ? ”

Despues de empleados algunos instantes en estas reflexiones amargas , se levantó para caminar ; pero su torcedura fué tan dolorosa , que no la permitió dar un paso. Corrieron de sus ojos abundantes lágrimas ; y el horrible miedo de verse entregada á su robador , la iba á precipitar en un

despecho , quando un calesero, con su calesa vacía , pasó por su inmediacion. Arabela, con voz que no podia menos de enternecer , le rogó que tuviese lástima de ella. Paróse el mancebo , y la preguntó ¿en qué podia servirla?... » Extranjero generoso , la respondió, no me reuseis vuestro socorro para sacarme del mayor de los peligros : veome perseguida , y os pido , por la hermosura de la que amais , que me deis vuestra proteccion : ¡ pueda una accion tan caritativa alcanzaros la posesion de lo que deseais ! » Maravillóse el mozo de tal proposicion , y no menos del buen parecer de quien la pronunciaba ; y se quedó como en un éxtasis que le impidió el responder. — ¡ Pues cómo , señor ! ¿ Vacilais en socorrerme ? — Decidme , señora , quién sois , y en

qué puedo serviros. — Creed, caballero, que no soy de nacimiento baxo; y es quanto puedo decir por ahora. Lo que os pido es que me lleveis á un parage en que pueda pasar esta noche segura; y mañana os suplicaré que informéis á las personas que yo os nombraré del lugar á donde me hubiereis llevado, para que tomen las precauciones convenientes contra el atentado de un malévolo, que me hace huir de mi quinta. »Conoció el calesero por estas palabras que habia en ellas misterio; y gozoso de verse depositario de tan graciosa persona, la respondió que mandase, y que contase con él. Arabela entró en la calesa, y partió con su protector; pero, acercándose demasiado á una zanja, volcó la calesa, sin producir mas accidente

que el del retardo. Eduardo fué uno de los criados que Glanville envió en busca de su prima, y quiso señalar su zelo en esta ocasión. Llevóle el acaso al parage en que estaba la calesa. Arabela, que lo vió de lejos, exclamó: „¡Ay, cielos! ¡Allí viene mi perseguidor! ¡Con vos cuento, caballero, para que me defendais! „Cómo el calesero no via mas que á un criado, le preguntó ¿si era alguno de sus lacayos? — Sí, señor; pero nunca lo autoricé para que usára de esa librea. — Luego la conoceis; y ¿quién es el que la lleva? — Me poneis, señor, en un tremendo compromiso: confiesoos que ese hombre es de mi familia; mas nunca le he permitido que me sirva...” Mas admirado todavía el calesero, iba á hacer otras preguntas, quando Eduardo, que

llegó sin aliento, se acercó á Arabela, enagenado de gozo, y la dixo: »¡ Ah, señora! ¡ Quántas penas é inquietudes nos habeis causado! ¡ Gracias á Dios que os hemos podido encontrar! — ¡ Detente, impío! replicó Arabela: no des gracias á la Divinidad de lo que á sus ojos hace mayor tu delito!... ¡ Si continúas en perseguirme, tiembla que éste no sea el último dia de tu vida!...» Eduardo, que no entendió ni una palabra de aquella xerigonza, creyó que habia perdido el seso; pero el calesero, arrimándose al pobre jóven, le preguntó, con imperio, ¿qué queria á aquella dama, y por qué la perseguia? Eduardo, lleno de susto, iba á responder, quando divisó á Glanville, que venia á galope: salióle al paso, y le informó de las

proposiciones extraordinarias de su ama , y del ademán amenazador del hombre con quien estaba. Glanville se detuvo unos instantes para mandar á un criado que fuese á la quinta á buscar un coche, y para hacer algunas preguntas á Eduardo. Conocía el genero de caracter de su prima; pero las circunstancias de aquella aventura eran tan extrañas , que le era difícilísima su averiguacion. Mientras Glanville hablaba con Eduardo , Arabela , preocupada con sus quimeras , supuso inteligencia entre ellos , y , al fin , lo dió por hecho. Aquella creida perfidia la hizo derramar lágrimas. »; Me vendió tambien , dixo , y pude creer que ese perjuro era mi amante!... Informado Glanville de quanto podia saber de Eduardo , se desmontó , y se llegó á Arabela. Des-

pues de expresada su alegría, la suplicó que le dixese, por qué acaso se hallaba tan tarde á tanta distancia de su casa? — Si por esa pregunta pretendeis persuadirme á que ignorais la causa de mi fuga, no logra su intento vuestra disimulacion: tengo motivos para creer que estais tan culpado como aquel cuyas violencias evitó; pero el valor de mi protector generoso se opondrá á vuestros atentados, y á los suyos... ¡Pariente indigno! ¿Qué ventajas cuentas sacar de una perfidia tan negra? ¿A qué precio has puesto una libertad que no te pertenece? Ese amigo (señalando á Eduardo), ¿tiene alguna hermana, cuya posesion ajustas? ¿No puedes obtenerla sino entregándome tan baxamente?... Si eres tan vil que intentes vencer á mi defensor por

una desigual peléa , mis voces armarán al cielo y á la tierra , y la Providencia , acaso , enviará otros caballeros en mi auxilio ; y si se mostráre sorda á mis voces , cuenta con que el momento de la victoria será el último de mi vida. Eduardo que (como ya se dijo) , tenia mas penetracion que sus iguales , se arrimó á Arabela , y la estaba mirando con lástima ; pero Glanville , indignadísimo , maldecía la inclinacion que lo llevaba á amar á una extravagante como su prima. » ¡ Por Dios , la dijo , que dexeis de ser víctima de unos temores que no tienen fundamento alguno ! — ¡ Cómo qué ! ¡ Quereis persuadirme á que ese traidor no ha formado el proyecto de robarme ! — ¡ Yo , señora ! repuso Eduardo : ¡ Yo robaros ! Dios me es testigo de que... —

No profanes, bárbaro, nombre tan respetable, y confiesa tu delito... ¿Por qué te disfrazastes para entrar al servicio de mi padre? — Jamas me he disfrazado, señora. — ¿Pues qué significa ese vestido? — Es el mismo que tenia quando servia al señor Marques, y el que tuvo la bondad de dexarme, acaso porque era viejo. — ¿Y por qué has continuado llevándolo? — Porque esperaba que... — Vanas han sido vuestras esperanzas: pude sentir algunos movimientos de compasion, pero los habeis siempre ignorado. — Sin embargo, supe que habiais usado la bondad de no creer... — Os engañais: siempre os juzgué culpado. — Hacedme, señora, la fineza de oirme: lo que supe fué, que no habiais dado fé á lo que se dijo contra mi fidelidad. — Nada

me dixerón : yo misma lo observé todo. — No obstante , era imposible que pudieseis , desde vuestra habitación , verme sacar los peces. ”

Aunque se hallaba Glanville en una situación tan penosa , no pudo menos de reirse al oír tamaño despropósito : conocia á donde iba á parar la acusación de Arabela ; y via á un pícaro embarazado en sus respuestas. En quanto al protector no sabia qué pensarse , y aguardaba impacientemente el desenlace de aquella escena. Arabela , confundida de que Eduardo tocase un asunto tan humillante para ella , estuvo algunos instantes sin hablar. » Bien conocí , le dixo , que erais superior á semejante sospecha , y por eso no la tuve : baxezas como esas no caben en sugetos como vos. —

A fé mia , señora , dixo el cale-
 sero , que gentes de su especie
 suelen hacer aun cosas peores. —
 Es verdad ; y puede colocarse en
 este genero el proyecto temerario
 que concibió de robarme. — Si sois
 lo que creo , señora , os protesto
 que no puede haberle ocurrido tal
 idea : un raptó supone circunstan-
 cias que no advierto. — Quando
 yo fuera superior á lo que me
 juzgais , es posibilísimo el ser ro-
 bada... Mandana , Candaza , Cle-
 lia , ¿no lo fueron? — No cono-
 zco á ninguna de esas señoras que
 acabais de nombrar. — ¿No?...
 Conociendo Glanville en lo que
 vendria á parar la conversacion,
 hizo quanto pudo para interrumpir-
 la. „Prima mia , la dixo , no es-
 teis mas tiempo al ayre : ya es
 tarde : todos están inquietos por
 vos : permitid que os vuelva yo

á la quinta. — Mi honor exige, replicó Arabela, que este generoso extranjero no dude de lo que le he dicho... ¿No conocéis, señor, las damas ilustres de que os he hablado? — Os aseguro que no. — En ese caso voy á nombraros otras. Sin duda sabéis que Partenisa, y Cleopatra estuvieron una y otra muchísimo tiempo entre las manos de sus raptos. — Ignoro quién fué Partenisa, pero he leído algo de Cleopatra: no dicen los historiadores que fuese robada: la pintan, al contrario, como una mujer complacientísima para sus amantes. — ¿Decís que Cleopatra fué complaciente con sus amantes? — Si, señora: fué una prostituta: ¿no pensais lo mismo? — ¡Calla, calumniador, que desconoces la virtud!... ¡Ay, cielos! ¡Qué hombre elegí para mi

protector!" Gozoso Glanville de verla algo indispuesta contra su conductor, se aprovechó del instante para obligarla á que se volviera á la quinta. "Señor, dixo sonriéndose al calesero, no haceis bien en infamar así á una tan gran reyna, que fué, como todo el mundo sabe, esposa de Julio Cesar. — Apruebo que tomeis la defensa de una reyna tan cruelmente ultrajada; y no digais mas, porque vuestro zelo pudiera llevaros mas allá de lo justo. — En ese caso, prima mia, permitidme que os repita que es tarde, y que exponéis vuestra salud: dexad para otra ocasion la justificacion de Cleopatra: mi hermana está inconsolable con vuestra ausencia. — Pero ¿qué certidumbre tengo de que mi quinta no será mi prision? Temo la suerte horrorosa de Can-

daza ; mas , de qualquier modo , me conformo á volver con vos , con tal de que me prometais solemnemente no favorecer violencia alguna : y antes necesito , para mi seguridad , que á vuestro amigo se le intime delante de vos un destierro perpetuo... Temerario desconocido , ¿ te conformas , para conseguir tu perdon , á desterrarte para siempre de mi presencia ? — Por mi fé , señora , que , si no quereis que os sirva , en vano fuera empeñarme en ello ; pero no dexareis de conocer que es cosa durísima ser castigado por una culpa que no se ha cometido , ni que tampoco se comprende.” Arabela le volvió la espalda , diciendo á Glanville : Os comparo á Trasibulo , y espero que imitareis á un Principe tan virtuoso. — En verdad , prima mia , que , si con-

tinuáis ese lenguaje , creeré que habeis jurado volverme loco. Dexadme que os conduzca á vuestra casa , y , en estando en ella , si os quedáren dudas de mi proceder , podeis negarme la entrada. » Bien , pues : me avengo á daros gusto. . . Y vos , señor , (hablando al calesero) os habeis hecho indigno de mi agradecimiento , calumniando á Cleopatra : no acepto vuestros servicios : más quiero la guardia de Trasibulo arrepentido , que la de un hombre que pinta la virtud con colores tan odiosos. » Hablando así , caminó lentamente á entrarse en el coche que habia venido de la quinta. Y el calesero , sin entender ni una palabra de quanto acababa de oír y presenciar , se quedó tan confundido con el lenguaje de la heroina , como embarazado con su calesa.

CAPÍTULO XXV.

*Conversaciones de que el lector toma-
rá lo que le agradare.*

Vuelta á su quinta Arabela,
cavilaba en la aventura, y en las
consequencias que podía tener.
Tan consternada se hallaba que
Glanville no se atrevia á hacerla
pregunta alguna. Así que llega-
ron á la quinta hubo una aclama-
cion general. Carlota dexó su to-
cadora á medio peynar; pero la ob-
servacion que hizo Arabela dismi-
nuyó su gratitud: vió que la in-
quietud de su prima no habia si-
do tanta que la hiciese olvidar sus
adornos por algun tiempo. Ara-
bela la respondió lacónicamente á
las preguntas que la hicieron; y

mostró deseos de que la llevasen á su quarto. Luego que Lucía se vió sola con su ama, derramó lágrimas, é hizo estremos de alegría. ... »Tengo, la dixo Arabela, violentas sospechas de tu fidelidad, y deseo mucho que puedas justificarte.» Contó Lucía puntualmente quanto habia pasado desde su separacion, y contribuyó lo que dixo á sincerar á Glanville. »Injusta fuera, querida Lucía, si no te volviese mi confianza; y no titubeo en confesarte que quedé mortificadísima quando juzgué culpado á Glanville: Te admirará esta debilidad, pero la tuve: no he podido aborrecerlo ni un solo instante. — ; Aborrecer á Glanville, señora! Nunca os pase por el pensamiento, porque estoy cierta de que os ama, como si fueseis su propia hermana. — Te pro-

híbo, Lucía, hablarme de su amor; pero te permito que lo hagas de las quejas que dirigia al cielo creyéndome perdida; de los votos que ofrecia por mi conservacion; y, en fin, de la desesperacion á que lo conduxo lo excesivo de su dolor. — Os aseguro, señora, que nada de eso he visto. — ¡Pues cómo! ¿No lo viste llorar? ¿No lo sorprendistes macerándose el pecho á golpes? — No, señora; pero lo vi tristísimo; y le oí decir que no pararia en toda la noche hasta hallaros. — ¡Ah, traidor! su insensibilidad me ofende mas que si fuese cómplice del que intentó robarme.” Mandó á Lucía que la desnudase prontamente, y se acostó: el descanso la era necesarísimo; pero, ocupada toda su imaginacion con la antecedente aventura, no pudo pegar

los ojos , y pasó una noche ma-
lísima. Glanville envió por la ma-
ñana á saber de su salud , y tu-
vo una respuesta muy fria. Unos
instantes despues fué Carlota á to-
mar chocolate á su quarto ; pre-
guntóla mil cosas sobre el extra-
ordinario suceso de la víspera ; y
la contó , riendo á carcajadas , los
absurdos que la habia dicho Lu-
cia. — No puedo responder aho-
ra á tus preguntas , ni á tus chan-
zas : bastete saber que unos mo-
tivos poderosísimos me obligaron
á lo que hice : quando leas mi his-
toria los graduarás , y entonces
te será facil comprender las cosas
que ahora miras como fábulas. —
¡ Tu historia , prima ! ¿ Pues qué
la escribes ? — La escribiré segu-
ramente ; pero no se leerá hasta
despues de muerta yo. — ¿ Y quie-
res que aguarde hasta entonces ? —

No, no : antes satisfaré tu deseo; mas para cimentar mi confianza, necesito la tuya. — ¡La mía! No tengo que contar cosas que merezcan componer una historia; para esto se necesitan sucesos, y nada me ha sucedido de notable. — Pero ¿no has confesado haber tenido amantes? — Y lo confieso: ¿qué concluyes de ahí? También te diré, que amo generalmente á mis admiradores; y que en tí es un efecto de ingratitud el tratar á mi hermano como lo tratas: cree que, entre cien hombres, no se hallará uno que sufra tus rigores con tanta paciencia como él. — Eso significa que, entre cien hombres, no se encontrará uno que sea digno de servirme... Y ya que la casualidad ha promovido esta conversacion, dime, ¿de qué rigores se queja? lo he tra-

tado mejor de lo que él se atrevió á esperar , pues he podido sufrir su presencia , habiendo tenido la temeridad de declararme su amor. — ¡Temerario mi hermano porque te amaba! — No porque me amaba , sino porque se atrevió á decirmelo. — ¿Y en qué está el delito? — Acuérdate de la vida de Mandana , y verás que esas cosas no se perdonan : apenas perdonó una confesion semejante despues de diez años de vencimientos , y de servicios. — ¡Diez años! Esa dama no raciocinaba , porque diez años son más que bastantes para desfigurar á una muger. Si pretendes que te amen diez años en silencio , y que despues te cortejen otros diez , te predigo , prima mia , que te casarás muy añeja. — ¡Qué comunes son tus expresiones! no te enojés si las

repito: "despues que te cortejen!...
 ¿te casarás muy añeja!..." Ve ahí
 unas palabras muy mal sonantes...
 En fin, veamos qué tienes que de-
 cir á favor de Glanville. — Como
 no es posible que mi hermano ha-
 ya querido ofenderte, no lo jus-
 tificaré; pero me consta que lo
 ha mortificado mucho el modo con
 que esta mañana respondistes á
 su cortesania. ¿Qué ha hecho pa-
 ra que lo trates con tanta aciri-
 tud? — No es éste el momento de
 explicarme: si Glanville quiere su
 perdon, procure merecerlo: con-
 sienta en concederle una audien-
 cia, á la que te suplicaré que asis-
 tas: no le dexes ignorar, que á
 ti sola debe esta muestra de mi
 bondad." Carlota, que sabia que
 su hermano deseaba ver á su pri-
 ma, aceptó la proposición, y fué
 á noticiarselo.

CAPÍTULO XXVI.

Conferencia magestuosa.

No tuvo Arabela cosa mas en memoria, luego que estuvo vestida, que el enviar á llamar á Glanville, y á su hermana, para tratar del negocio importante de que habia hablado. Carlota encontró al paso un tocador abierto; olvidó el objeto de su visita; examinó las joyas, los diges, los ingredientes, &c. y proporcionó á su hermano, sin pensarlo, una conversacion particular. Erale durísimo á Glanville el plegarse á unas ridiculeces como las de Arabela; pero, ó romper para siempre, ó ceder á la necesidad. „Estoy sentidísimo, prima mia, la dixo, de haberos desagradado: he

hecho exámen escrupuloso de mi corazón, de mis proposiciones, y de mis obras; y los confieso que no he sacado conocimiento alguno de quales sean mis culpas: dignaos de instruirme de ellas. Arabella, que no encontraba, á la verdad, razones para haberse indignado contra él, se mostró perplexa; y como necesitó un pretexto, se agarró de la sospecha de que fuese cómplice de Eduardo. Encrespado Glanville de que su prima insistiese en un error tan extraño, se sonrió irónicamente; pero, notando que lo observaban, volvió á su seriedad, y preguntó: ¿sobre qué fundamento padecía la desgracia de ser mirado baxo un aspecto tan aborrecible? „No pretendo, dixo Arabella ruborizándose, estudiar el corazón de los hombres, ni diser-

tar sobre los motivos de sus operaciones; pero los juzgo por sus procederés. — Me parece que no respondeis á mi pregunta, prima: si pudiera sospechárseme de intentar alguna violencia, creo que debería, á lo menos, proporcionarme algunas ventajas: mis sentimientos no han mudado, por mas que me habeis prohibido explicarlos; y resultaria, que si yo sirviese á Eduardo, ó á qualquiera otro, obraria contra mis intereses propios. — Por capcioso que parezca vuestro razonar, no puedo dispensarme de deciros, que es inoportuno traerme á la memoria un delito, que generosamente he perdonado. — Vos misma me forzais á ello, prima mia, pues se trata de destruir unas sospechas injustas... Dificilmente puedo concebir como habeis podido

imaginar que un infeliz, empleado en vuestra casa en las funciones mas viles, haya formado el proyecto de robaros con violencia: ¿qué relacion hay entre vos y ese desdichado? Y, en fin, ¿qual podia ser su objeto? — Al oiros, parece que ignorais las intenciones, y la calidad de ese temerario: ¿no habeis estado á pique de pelear por su causa? ¿Puedo renunciar al testimonio de mis sentidos? — No cabe, señora, manifestar mas desasosiego durante vuestra ausencia; mas ardor en buscaros; ni mas anhelo de ponerlos en seguridad; y parece muy duro que nazcan vuestras sospechas de las circunstancias que habian de haberme grangeado algun mérito. — Confieso que es muy sensible, si estais inocente; pero el caso no carece de exemplo. Co-

riolano, cuyo amor y fidelidad á la bella Cleopatra son bien sabidos, favoreció, sin saberlo, á los robadores de aquella Princesa hermosa, y peleó contra los que venían á su socorro. Os trato como dicha gran Reyna trató al mencionado heroe, no creyendoos culpado, ni inocente; y queriendo la necesidad que yo os prohiba mi presencia, me serviré de sus propias expresiones: — *Andad, Glanville, y procurad justificaros: deseo que lo consigais... Si mis ruegos pueden contribuir á obtener del cielo este favor, no vacilaré en dirigirselos.*”

CAPÍTULO XXVII.

Conferencia terminada.

Pronunciadas estas frases grandiosas, clavó nuestra heroína los ojos en Glanville (que maldecía entre dientes á Coriolano, y á Cleopatra;) y como no viese señal alguna de alegría en su rostro, añadió con un tono dignísimo: “¡Permaneceis quieto, Glanville, y no temeis que me retracte! — No aprecio tanto como vos los favores que me haceis: no puedo agradeceros una orden, que me priva del placer de veros hasta justificarme de un delito que no he cometido, y que es contra la verosimilitud.— Pudiera, Glanville, reprocharos el modo con que recibís mis finezas; pero quiero ahorraros esta mortifi-

cacion. No mudaré, pues, mis favorables disposiciones, y continuaré diciendoos, en el idioma de Cleopatra, que....—Prima mia, no puedo mas conmigo: vuestra Cleopatra es un ente á quien detesto: hablad, os lo suplico, por vos misma; pues ni ella, ni nadie en el mundo, pueden decirlo mejor.” Tuvo Arabela que morderse los labios para no reir de aquella viveza, y le dixo: “No puedo dispensarme de emplear las mismas expresiones de la heroína. *Es posible que esteis justificado en mi corazon por las inquietudes que mostrasteis por mí, por la probabilidad de vuestras razones, y por la buena opinion que tengo de vos; pero es menester que vuestra inocencia sea pública, para que Arabela pueda legítimamente volveros su estimacion.*”

—Viendo Glanville que nada al-

canzaba á curar á su prima de su extravagante heroísmo, salió sin replicar. Su enfado, tomado por efecto de desesperación, produjo un movimiento de lástima, y unas reflexiones serias sobre la dureza de las leyes del honor.

Solo ya Glanville, pasó revista á todas las ridiculeces de Arabela, y conoció que una muger de esta naturaleza le daría continuados disgustos; pero estaba su corazón prendado de las gracias de su persona, y de otras muchas qualidades amables: solo faltaba á su felicidad verla despojada de sus nociones novelescas. Mientras Glanville se entregaba á estas reflexiones, estaba su hermana hablando con Belmur, que acababa de llegar.

CAPÍTULO XXVIII.

*Experimenta la heroína un contra-
tiempo.*

Creyendo Carlota que Arabela y su hermano continuaban en su seria conversacion, no les dió parte de la llegada del caballero Jorge: es probable que algun interesillo contribuyese á este prudente miramiento: Jorge, prendado de la hermosura de Arabela, iba con la esperanza de verla; mas, como diestro, ocultó el objeto real de su visita.

Nuestra heroína, sin pensar en otro que en la desesperacion de Glanville, salió de su gabinete para informarse del estado de su animo: no tenía duda en que, á imitacion de Coriolano, iba á buscar

las ocasiones de probar su inocencia.

Al pasar por junto á la sala, vió á su prima reír á mas no poder, y sospechó á Glanville partícipe de aquella alegría: la curiosidad la movió á interrumpir el diálogo.

“De muy buen humor estais, prima mia; como se conoce que ignoras que tu hermano padece... ¿No se ha despedido de tí?— ¡Ay, cielos! ¿se volvería mi hermano á Londres sin avisarme?— El motivo por que se vé precisado á ausentarse no le permite viajar contigo; pero quando me dexa tan estimables rehenes, pienso que lo volveremos á ver muy pronto.

Asustada Carlota, pasó á ver á su hermano; y Jorge, que se vió solo, desplegó toda su imaginacion para decir infinitas cosas lisongeras. Glanville, informado por su hermana de lo que hablaba su prima,

y de la llegada de uno de sus enamorados, á quien tenía por peligroso, se dió prisa á ir á buscarlos.—¿Cómo es esto, señor? ¿Aun estais aquí?—Dexemos, prima mia, este negocio para otro tiempo.—No, señor: vuestra justificacion importa á mi honra: os hallais en el caso de Coriolano; y ciertamente que si él se hubiera portado como vos, no hubiera conseguido el perdón de Cleopatra... Al ver lo confundido de Glanville, y al oír el determinado tono de Arabela, vió el caballero Jorge, que lo que él habia tomado por una chanza era una querella seria; y, pareciéndole que no debía presenciaria, iba á retirarse; pero Arabela lo detuvo. "Si os inclináis á defender á vuestro amigo contra los derechos de la equidad, sois libre de retiraros: pero si, desnudo de toda preocupa-

cion, quereis juzgar, á sangre fría, nuestra contienda, os instruiré de lo que ha pasado, y me referiré á vuestra decision.”—Glanville es amigo mio, repuso Jorge; pero nunca abrazaré sus intereses con perjuicio de los vuestros; los sentimientos que me inspirais hacen interesante vuestra causa, y me persuaden á que en este asunto (cuya importancia adivino) no hay Juez que no os sea favorable.

El tono enfático con que Jorge dió ésta explicacion agradó mucho á Arabela, y movió la risa de Glanville, no obstante el enfado que le causaba la tal conversacion.—Para poner os en el caso de juzgar el negocio, repuso Arabela, tengo que contaros toda mi historia. Glanville suspiró de cólera; Jorge se sonrió maliciosamente; y Arabela, mirando á su primo con admiracion, le dixo:

Ese suspiro es, en verdad, bien extraordinario: ¿qué significa?—Significa, señora, que mi corazón se va ulcerando mas cada dia; que no puedo aguantar vuestro humor; y que, segun toda apariencia, me hareis perder el juicio.—“En efecto, primo, me parece que no estais lejos de la extravagancia; y conozco que si vuestro amigo os juzga culpado, me será difícil saber si debo trataros como delinquente, ó como insensato. Además de que, por ciertas razones, que callaré en este momento, no os contaré por mí misma la historia de mi vida, sino que encargaré el hacerlo á una de mis criadas.” Glanville, que no queria ser testigo de aquella nueva extravagancia; y, por otra parte, bien resuelto á echar de su corazón á una visionaria, que era el tormento de su vida, se fué á pasear

al jardín, y dexó á su hermana con el caballero Jorge, que estaba impacientísimo de oír la historia de Arabela.

CAPÍTULO XXIX.

Instrucciones curiosas.

Arabela llamó á Lucía, y la dixo, que la habia nombrado para narrar sus aventuras á su prima, y al caballero Jorge. — ¡Yo, señora! ¡Yo contar vuestras aventuras! os chanceais, ama mia. — No es necesario para ello que des mucho tormento á tu imaginacion: los sucesos de mi vida son numerosos, y no te faltará asunto: hemos vivido juntas desde niñas, y no he tenido para tí cosa secreta: debes, pues, saber mi vida de memoria. — Señora, yo he leído muchísimas histo-

rias en los libros, y no me acuerdo de ninguna: yo estaba en que solo los *filosofos* sabian contar historias. — Mas talento tienes aun de lo que se necesita para hacer lo que te digo; fuera de que, si encuentras tanta dificultad en cumplir esta parte de tu obligacion, ¿cómo has podido juzgarte digna de servirme? Si quieres, pues, que continúe honrandote con mi benevolencia, haz lo que te mando,

Asombrada Lucía de la severidad de su ama, la suplicó que la dixese como habia de hacerlo. — «¿No sabes que soy desgraciada?» replicó Arabela: «¿No sabes que á nadie han sucedido lances como los que me suceden? ¿Ignoras mis acciones; lo que he pensado; lo que he dicho; y los sentimientos de mi alma en las circunstancias críticas? ¿No me has visto sonreír, rubori-

zarme, perder el color, temblar, gemir, hablar con voz intercadente, hacer pausas mas ó menos largas, dexarme caer en una silla, desmayarme, ponerme en pie, pasearme sin poder articular palabra, éternecerme, gesticular, y, finalmente, otras mil situaciones de igual importancia?—! Ay, mi Dios, y quantas cosas! Nunca pensé que tenía que retener todo eso para componer una historia. Vedme aquí ahora mas confundida que antes, porque no sé como he de contar un suspiro, una voz intercadente, unas pausas, una silla, un paseo sin articular nada, y otras cosas así, porque todo esto será para mí un embrollo.— Y, sin embargo, todo se reduce á tener memoria, que nunca te ha faltado.— Pues bien, señora, componed lo que he de decir, y os prometo relatarlo

todo al pie de la letra. — Muy bien: escucha : Subirás hasta mi nacimiento, que es bastante ilustre para no quedar olvidado ; y pasarás ligeramente sobre los años primeros de mi vida. No dexes de observar, que, desde muy niña, mis chistes ingeniosos, y la viveza de mi imaginacion, anunciaron lo que habia de ser. Desde esto pasarás á formar una descripcion exácta de mi persona. — ¿ Pero cómo, señora? ¿ He de pintar exáctamente al caballero la formacion de todas las partes de vuestro cuerpo? — Sin duda alguna : aun quando fuese á un hermano mio, si lo tuviera, sería indispensable hacerle la tal descripcion. — Por lo que toca á esto, tengo seguridad de hacerlo bien. — Repetirás las conversaciones importantes que he tenido contigo ; hablarás de aquel señor extranjero

que encontramos en la iglesia ; del efecto que en él hizo mi hermosura ; de la agitacion de su alma ; y de sus pensamientos , que procurarás pintar con energía.— Mas, señora , ¿ cómo he de pintar sus pensamientos ?— Es cosa que no puede omitirse ; pero te es permitido no estenderte mucho sobre este punto : introducirás astutamente al amante , disfrazado de jardinero , aunque en esto habrá alguna falta de formalidad , pues ni tú ni yo sabemos su verdadero nombre ; pero cuidado con que nada digas del asunto de los peces , ni de la equivocacion del jardinero mayor ; sino que tú . . .”

Interrumpióse la instruccion con la llegada de Carlota , que entró á decir , que acababa de irse el caballero Jorge.— „ ; Ha partido ! replicó Arabela muy admirada.— Crei-

mòs que no nos cumplirias la palabra. Mi hermano le persuadió á que te chanceabas, y se han ido á comer juntos. — ¡Y es con ese caballero con quien cuenta justificarse! Tal conducta me admira: ó es insensible; ó está segurísimo de su inocencia.

Como Carlota nada tenia que responder, mudó de conversacion; y ambas primas pasaron juntas lo restante del dia; la una contentísima de que su figurada competidora se habia ridiculizado mucho; y la otra muy inquieta con la justificacion de su amante.

CAPÍTULO XXX.

Mucho heroismo.

Volvió Glanville por la tarde, animado y alegre con el vino que

habia bebido en compañía de su amigo Jorge. Dixéronle que las primas estaban juntas, y entró á verlas. Cierta impresion de languidez, esparcida por la fisonomía de Arabela, daba tanto realce á su hermosura, que no pudo mirarla sin conmocion. „Bella prima, la dixo, ¿continuareis eternamente en tratarme con la misma crueldad? . . . ¡Quán dispuesto me siento á adoraros! . . . ¡Decidme, siquiera, que no me aborreceis!”

Arabela, lisonjeada con el cumplimiento, volvió sus bellos ojos á mirarlo. Glanville, fuera de sí, la tomó una mano, y imprimió sus labios en ella.

„¿Qué significa esa nueva osadía? ¿Qué es lo que me pedis con ese enagenamiento? Ya sabeis que he puesto condiciones al perdon que os he prometido, y os declaro

nuevamente que no habrá cosa que alcance á conmutarlas : probadme que no sois cómplice de mi raptor, y al instante os vuelvo mi aprecio. — ¡ Ay , prima ! no dudeis que yo compraria la dicha de agradaros al precio de mi vida. — No pido vuestra vida ; y aun tengo para mí que vuestra culpa podria expiarse con menor castigo. — ¿ Qué exígis, pues, de mi , angel mio ? — ¿ Ignorais lo que hizo Oronte por Talestris , despues de haberla ofendido ? — ¡ Así se hubiera ahorcado ! replicó Glanville con mucha cólera. — Sois severísimo con ese príncipe infeliz : sabed que su inocencia era menos dudosa que la vuestra. — ¿ Severísimo ? preguntó Glanville , exáminando la seriedad de su prima : ¿ no era un bribon que merecia la horca , pues faltó á una dama como Talestris ? segun mi dic-

tamen , por mas que sea la severidad con que se le juzgue , no basta. — Las apariencias están contra él : lo confieso ; pero tuvo alguna razon para estar zeloso : bien que fue tan dueño de sí mismo , quando mas encolerizado estaba , que no sacó la espada. — ¡ Sacar la espada ! ¡ Oronte ! ¡ Orondate ! ¡ Sacar la espada contra Talestris ! ¡ Contra una muger ! Me parece que esa idea ofende las reglas del heroismo. — No juzgueis á Talestris por el concepto comun que se tiene de las mugeres : mas de un guerrero pereció á manos de esta amazona. — ¡ Ah , cielos ! exclamó Carlota : la vista de semejante muger me asustaría : concibo que debia tener mucho del género masculino. — Te engañas : era la mas hermosa de su sexô , y la mas amable ; al par de que su corazon era tierno , era su

fuerza maravillosa. — Nunca me persuadirás á que una muger que mata guerreros no tenga brazos de hombre, y corazon de tigre: creo que semejante monstruo jamas ha existido. — ¿Dudas que haya habido una Talestris, reyna de las Amazonas? Todo el mundo sabe, ó debe saber, que Oronte la acusó de haber tenido manejos ocultos con Alexandro; que por una carta impertinente que él la escribió, ella lo buscó para matarlo; y que, habiéndolo encontrado, le puso muchas veces la punta de la espada al pecho, sin que él hiciera movimiento alguno para defenderse. — Decidme, os ruego, bella prima mia, lo que se hizo esa reyna de las amazonas: ¿no estuvo en el sitio de Troya; ó bien, no la colocó Milton entre sus diablos? — Jamas estuvo en el sitio de Troya,

pero sí en el de Babilonia, con el fin de libertar á Estatira, y á Parisatis; y en este mismo sitio fué donde encontró á su amante. — Oxala que lo hubiera atravesado de parte á parte con esa famosa espada, de que me hablasteis poco ha, para que no se hablase mas dél. — Digoos que violentais mucho las cosas: ese hombre á quien tanto aborreceis volvió á su gracia; reconoció la inocencia de Talestris; y, para castigarse de haber formado de ellas sospechas injustas, abandonó la sociedad de los hombres, y se retiró á una caverna, donde ciertamente hubiera acabado sus días, si Talestris misma no lo hubiera sacado de allí, asegurándole que lo perdonaba. — Pues bien, prima mía, otro tanto quiero hacer por vos: me meteré en la cueva de un tratante de vinos, y allí haré

penitencia: como Orontes, si me prometeis imitar á Talestris. — No pido eso: os he dicho que estabais justificado en mi corazon; pero que era necesario que vuestra inocencia fuese pública: Sin esto (os lo repito) no es posible que vivamos con intimidad. — Pero si os traigo las dos orejas del picaron con quien me sospechabais (no sé por qué) de acuerdo, ¿me dareis por qué justificado? — ¡Oh! certísimamente. — ¡Pues cómo, prima mia! interrumpió Carlota, ¿excitais á mi hermano á cometer un delito? — Tengo dél tan buena opinion, que no dudo que volverá cargado de los despojos de mi enemigo. — Pero ¿no sabes que está prohibido cortar las orejas á nadie baxo tales y tales penas? .. — Sé que Glanville es capaz de vengarme, y que no vacilará en imitar á Juba, á Cesarion, á Ar-

támenes , y aun á Artabano , que , sin ser príncipe , merecia serlo. — Si todos esos personajes fueron asesinos , espero que mi hermano no los imitará : ¡ hermosa virtud por cierto ! matar hombres , y cortar orejas. — Te imaginas (ya lo veo) que , vengándome , se expondría al rigor de las leyes ; pero observa que no las hay para los heroes , porque estos matan quanto se les antoja , sin dar cuenta á nadie. — Muy probable me parece eso , replicó Carlota irónicamente ; pero te ruego que no empeñes á mi hermano en cortar orejas : tu interés y el suyo se oponen igualmente á ello ; porque si , por complacerte , mutilase á alguno , las leyes procederian contra él , y tu reputacion padecería. . . Sobre esto atente á mi dictamen. — Tú no tienes idea de lo que forma la reputacion : la de los

hombres consiste en el valor ; pero la nuestra en el ruido que hacemos en el mundo : mientras mas contrarios arrolla un heroe , mas ilustre es : supon que deben su valor á una muger , y conocerás quanta celebridad la dará esta circunstancia. Cleopatra , y Estatira acaso habrán causado la muerte á cien mil hombres , y no creo que nunca se haya censurado su virtud , ni el valor de sus obsequiantes. — Pues yo , repuso Carlota , no tendría gran pesadumbre de que dos hombres , igualmente amables , sacasen la espada para disputarse mi conquista ; pero sentiría en el alma que se deramase una gota de sangre.” Glanville soltó una carcajada al oir la sencillez de su hermana ; y Arabella se sonrió de que limitase á tan poca cosa el efecto de sus prendas y gracias.

Para acabar la conversacion, ofreció Glanville reñir con Eduardo luego que lo encontrase, y precisarlo á que confesára delante de Arabela, que él no habia tenido parte en su perfidia. Todo así convenido, Carlota se retiró á su quarto, y Arabela se quedó en el suyo, contenta de lo que habia hecho por su propia gloria.

CAPÍTULO XXXI.

La heroína sospechada de insensible.

Mientras esto pasaba en la quinta, meditaba el caballero Jorge en los medios de hacerse agradable á los ojos de Arabela, cuyos inmensos bienes lo habian seducido. Habia descubierto el temple de su espíritu, y conocía bien todas las

grandes novelas. Y aun la literatura le debia una obra crítica, en la que habia manifestado los plagios de Driden, y probado que su Almanzor era una copia de Artabano; que su caracter de Melanton era el de Beriso en el gran Cyro; y que la historia de Osmin, y de Bensayda, en su conquista de Granada, era extraida poco felizmente de Sesostris, y de Timerilla. Como mas ambicioso que delicado, graduaba las debilidades de Arabela de medios felices para obsequiarla, y conseguir sus fines. Conoció Jorge la necesidad de vivir amigablemente con Glanville y Carlota, y se resolvió á lisongear el amor propio de la una, y á persuadir al otro que sus visitas no eran por Arabela. Fueronse haciendo frecuentes, y tuvo habilidad para engañar á todos. Cayó enfermo Glanville: no

se apartaba dél su hermana ; pero Arabela se contentó con informarse á menudo de su salud : habiasele puesto en la cabeza que aquella enfermedad era efecto del amor , y aguardaba que la suplicasen que fuera á ver al enfermo. Una heroína no debe dar estos pasos hasta que su presencia es absolutamente necesaria. Carlota, enojada con ella, quiso sacar partido de aquella circunstancia para echarla del corazon de su hermano ; pero Glanville, que la conocia mejor , vió en su conducta alguna de sus delicadezas heroicas. Agravóse la enfermedad de Glanville. Arabela , sentidísima de que no se implorase su socorro, fingió tanta frialdad , que la tibieza de Carlota casi degeneró en áversion. Una mañana que Arabela se informó de la salud de Glanville , notó los ojos de su prima

bañados en llanto. » ¡Ay, cielos! exclamó: ¡Muy malo debe estar mi primo!— Lo está tanto, que no puede retardarse el enviar por mi padre; y aun temo que espire sin tener la satisfacción de verlo.— ¡Espirar dices!... No... no... la piedad de Arabela parará el fatal golpe. ¡Vamos, prima mía, sin diferirlo: vamos á consolar á ese infeliz!... Un respeto llevado al exceso le ha impedido, sin duda, exigir mi presencia; pero yo le concedo este favor de mi movimiento propio.— ¡Con que es un favor, según tú, el ir á ver, dentro de tu misma casa, á un pariente enfermo que te ama, y á quien has tratado siempre con la mayor inhumanidad!... ¡Ay, Dios! ¡Quánto me arrepiento de haberte venido á ver!— No perdamos, pues, el tiempo en vanos reproches: sabe que

las cosas están en su orden ; y que era imposible que Glanville fuese dichoso sin haber llamado á las puertas del sepulcro : tranquilízate , que hay medios seguros para volverlo á la vida. Artamenes fué arrancado de los brazos de la muerte por la presencia de Mandana: un solo renglon que escribió Parisatis dió la vida á Lisimaco , y . . .” Carlota , fastidiada de las citas , la dexó con la palabra en la boca , y corrió al quarto de su hermano. Arabela atribuyó su viveza al peligro de Glanville , y la siguió.

CAPÍTULO XXXII.

Que , á lo que se presume , causará en el lector varios efectos.

Salia el médico del quarto de Glanville , quando entraban Carlo-

ta y su prima. Díxolas que la fiebre habia tomado mucho aumento; y, viendo que Arabela se acercaba á la cama del enfermo, añadió, que no convenia que se le hablara.

„Teme, ya lo veo, que mi vista lo agite; pero apuesto á que seré mejor médico que él.” A pesar del encargo se arrimó á Glanville, quien la dió gracias con voz muy débil.

„Nada de gracias, le dixo Arabela ruborizada, si no quereis comprometer mi escrupulosidad: El médico dice que vuestra vida está en peligro; pero me persuado á que la apreciáis lo bastante para corresponder á la buena voluntad con que os miro.—Prima mia, dixo Carlota, debes de haber perdido el juicio quando dices á mi hermano cosas que lo pueden inquietar.—¿Aun no estás contenta con lo que hago? Pues mas haré.” Entonces,

descorriendo las cortinas de la cama del enfermo, le dixo con la mayor gravedad : „Cedo, Glanville, á las solicitudes de vuestra hermana, y os concedo el mismo favor que Oronte recibió de Estatiira : os mando, con todo el imperio que tengo sobre vos, no solamente vivir, si no restableceros prontamente.” Diciendo así, se echó el velo á la cara para encubrir su confusion, y salió apresuradamente del quarto, esperando en recibir, de allí á poco, un billete de mano del enfermo, anunciándola su convalecencia, y pidiéndola permiso para ir á ofrecer á sus pies una vida, que unicamente debía á su generosidad. Glanville, avergonzado de la extravagancia de su prima, y poquísimo curioso de oír las reflexiones de su hermana, fingió que dormía. Pero su calentura

iba en aumento; y el médico declaró, al día siguiente, que el riesgo era muy grande; de manera que no se puso duda en enviar un propio al Baron.

Arabela, esforzándose á mostrar gran firmeza de alma, empleaba toda su eloqüencia para consolar á Carlota; pero á veces la era imposible detener sus lagrimas. Iba todos los dias á ver á Glanville; y, en uno de ellos, se aprovechó de un instante en que se vió sola con él, para reñirle su desobediencia.—Prima, la dixo casi sin voz por lo muy debilitada, ¿ cómo podeis imaginaros que permanezca yo voluntariamente en el estado en que me veis?—Debieron cesar vuestros males quando hice lo que convenia para quitar su causa: ¿ qué mas exígis?—¡ Ay!... Si vivo... es menester que...—No se hable de tratado,

pues os reservais la facultad de vivir, ó de morir; pero, no obstante, todavía quiero hacer algo mas por vos. . . ¡ Os he mandado vivir, y no estais contento! . . . Bien : Pues os permito que me ameis. Al decir esto, puso su bella mano sobre la boca del enfermo, y, un instante despues, se fué. Subió la calentura de Glanville al mas alto punto, con un violento delirio; pero se le siguió una crisis feliz, y se durmió tranquilamente por muchas horas. Al despertar, lo encontró el médico mucho mejor. Carlota, transportada de alegría, voló al quarto de su prima á darla tan buena nueva; pero, como no la habló de agradecimiento, fue recibida la visita con harta frialdad.

Arabela quiso completar la curacion de Glanville, y fué á verlo en compañía de Carlota. — „Veo,

le dixo sonriéndose, que sabeis obedecer quando quereis ; pero poneis la obediencia á muy alto precio , y no os contentais con medianos favores.” Observó Glanville que su prima tomaba verdaderamente parte en su bien , y respondió : Habéis usado conmigo , prima mia , de muchísima bondad ; y seria yo ingratísimo si no conservára de ello una constante gratitud.—Celebro infinito que esa virtud no esté enteramente desterrada de vuestra familia ; y que conozcais , á lo menos , el valor del servicio que os he hecho.—¿Teneis , prima mia , queja de mi hermana ?—Sí por cierto : sabe que me debeis la vida ; y todavía está por decirme una palabra obligatoria sobre ello. Mas no importa : sed fiel y respetuoso , Glanville , que yo no seré ingrata. Os confirmo el permiso que os dí ;

y añado , que no tomaré ya como ofensas los testimonios que me dieris de vuestra pasión. — Para completar mi felicidad sería también necesario que me prometieseis amarme ; porque , sin esto , ¿ qué ventajas sacaré ?... — Casi sois tan ingrato como vuestra hermana ; y os reñiría vuestra presunción si estuviéis del todo restablecido. Algo se ha de pasar á los enfermos , y por eso os perdono vuestra proposición indiscreta : aguardad lo que el cielo quisiere hacer de vos , y procurad merecer mi amistad.” Estas palabras , pronunciadas con magestad , hicieron ver á Glanville que no convenian réplicas ; y así , se contentó con besar la bella mano que estaba descuidadamente puesta sobre su cama.

Retiróse Arabela satisfecha de la curación que acababa de hacer,

y de haber superado una gran dificultad; porque, segun las leyes de la galantería heroyca, es un paso difícil el de permitir declaraciones. En llegando á este punto, ya no se trata mas que de matar á los competidores, y de suspirar algunos años. Entonces se llega á la felicidad, y no hay mas que decir.

CAPÍTULO XXXIII.

Manifiesta la heroína que tiene conocimientos astronómicos.

No faltaba el caballero Jorge á informarse diariamente de la salud de Glanville. Lo visitaba bastante en su convalecencia, y se encontraba á menudo con Arabela, que tenía mucha parte en sus visitas.

Conocía las pretensiones de Glanville; sabía las cláusulas del testamento del difunto Marqués; y se comportaba con mucha retentiva. Consiguió ser atendido de Arabela, por medio de un respeto afectado, y de expresiones obsequiosas, de que sabía hacer aplicaciones felices. Si se paseaba con ella, observaba que las flores descoloridas y marchitas recobraban sus colores y frescura, y se abrían á su llegada; que el sol multiplicaba sus rayos procurando igualar el resplandor de sus ojos; y que Zéfiro abandonaba á Flora para acariciar los rizos ondulantes de su pelo, anunciando su felicidad con un suave murmullo. La presencia de Carlota no le estorbaba continuar su proyecto, persuadido á que ella creía otra cosa; y así, engañada su centinela, estaba á su gusto, y

obsequiaba con libertad. — Solía incomodarle la necesidad de ser siempre del dictamen de Arabela ; pero no le faltaban recursos en su imaginacion. Cierta dia anunció como una novedad la llegada de la dama Groves, diciendo, que su viage tenia el mismo objeto que el del año anterior, y se chancó mucho sobre la familiaridad que habia entre ella y el amigo con quien la tenian por casada secretamente. Carlota, muy contenta de tener ocasion de murmurar, añadió mil reflexiones unas mas mordaces que otras, lo que desagradó á Arabela. »Si estuvieras informada, como yo, prima mia, de la historia de esa desventurada, no lastimarías su reputacion con proposiciones tan denigrativas. — ¿Con que no has estado en Londres, replicó Carlota, y crees saber mejor sus aventuras

que los testigos de ellas?— Su misma criada me ha contado todos sus sucesos: debo, pues, conocerla mejor que tú, que nunca has vivido íntimamente con ella... La ultrajas, y la defiende; con que yo soy la que represento mejor papel.— Pero ¿pretendes justificar su trato escandaloso con Liwenton?— ¿Escandaloso? la expresión no dexa de ser fuerte. La juzgan culpada; pero es posible que no lo esté: su suerte es muy parecida á la de Cleopatra, cuya union secreta con Julio-Cesar todavía se controvierte.— Ignoro sobre que fundas que la Groves sea esposa de Liwenton; pero puedo asegurarte que todos (excepto tú) tienen certidumbre de lo contrario.— Tengo mas medios que se necesitan para sostener lo que digo. La historia está llena de situaciones semejantes á la tuya... Sin du-

da que no dudais (continuó hablando con Jorge) que Cleopatra fué verdadera esposa de Julio César; y bien sabeis quanto marchitó los laureles de aquel conquistador el modo indigno con que la trató.—Nadie, dixo Jorge, se atreve á negar esos dos hechos.—Y, con todo, ha sido calumniada Cleopatra, y ha llegado la indignidad hasta tener por fruto ilegítimo al bizarro Cesarion, quien, baxo el nombre de Cleomedon, hizo tantas valerosas hazañas en Etiopia.—Yo he sido siempre admirador de Cleomedon, repuso el caballero, y lo tengo por el hombre mas grande que ha existido.—Decís demasiado, Caballero: Cleomedon merece alabanzas; pero así él, como los demas heroes, deben ceder esta qualidad al principe de Mauritania, al amante inmortal de la divina Cleopatra,

hija de la que acabamos de citar.—
¡Dios mio! exclamó Carlota bostezando: ¿qué relacion tienen todas esas antiguas majaderías con la Señora Groves? ¿yo quisiera saber si el caballero Jorge cree que estuvo jamas casada con Liwenton?— Sí: lo creo: segurísimamente: ¿Pues no está en el mismo caso que Cleopatra? Si Julio Cesar fue tan baxo que negó que fuese su esposa, ¿por qué Liwenton no podrá tambien ser delinquente de semejante injusticia?— ¡Qué extravagancia! En Londres, todo el mundo se os reiría en los bigotes.— Pues si llego á ir allá, continuó Arabela, sostendré que se engañaron en el asunto de la Groves, y diré abiertamente quanto sé para probarlo.— Tambien procurarás persuadir, que á los quince años de su edad no intentó escaparse

con su maestro de escribir.—También en eso te equivocas, porque ese maestro de escribir era... En fin, no la robó; y quando lo hubiera hecho, hubiera quedado ella casi justificada con el exemplo de Artemisa.... Quisiera saber, caballero Jorge, qué pensais de este rasgo histórico, que ha tenido censores, y partidarios.—Pienso, señora, que los criticadores de lo que hizo la ilustre Artemisa por Alexandro son unos imbéciles, que no saben apreciar las bellas acciones. Mas de dos mil años ha que no existe dicha princesa; pero sacaría yo la espada para defender su virtud contra quien se atreviese á hablar mal de ella en presencia mia.—Supuesto que sois tan valeroso para defender á los muertos, replicó Carlota soltando una carcajada, defended la honra de

la casta Groves, y esforzaos á probar, con la espada en la mano, la inocencia de su trato con Liwenton, y la pureza de sus afectos á su maestro de escribir.—¿Insistes, prima mia, en tu error, y no quieres absolutamente ver en el disfraz del fingido maestro una estratagemma ingeniosa?—Si te esfuerzas á persuadirme, prima mia, que la luna es un queso helado, será lo mismo que si te fatigas para convencirme de que ese pillo, de que hablamos, era un señor disfrazado para lograr el corazón de la Groves.—Muy extravagante me parece tu ocurrencia sobre la luna: no me cansaría por cierto en discurrir para probar semejante simpleza. Muchas veces he examinado los cuerpos celestes, y aun he leído las obras de los grandes hombres que han calculado sus movimien-

tos : la luna es , por lo menos , tan grande como la tercera parte de la tierra ; y conozco mucho la importancia de los planetas que giran en nuestro universo para que yo... — Te pido perdon , dixo Carlota riendo á todo reir , pues si me divierto á tu costa es porque son tan singulares tus nociones... La luna me parece , á lo mas , del tamaño de la cara abotargada de tu cocinero , y tú me aseguras que es tan grande como el tercio de la tierra : me inclino á creer mas á mis ojos , que á tus dichos. — La distancia disminuye los objetos , y hay reglas para apreciar exáctamente sus distancias , y magnitudes. ¿ Crees que la extension grandísima de pais que ves por esa ventana , no es mayor que el pequeño espacio en que está enquadrada ? Pesa esta observacion , prima mia,

y raciocina mejor"... Dicho esto, se volvió Arabela á Jorge, y le dixo: „Siempre he procurado justificar la fuga de Artemisa con Alexandro; y quedo gustosa de que mi modo de pensar esté apoyado con el voto de un sugeto que piensa tan noblemente como vos. Quando medito en que aquella princesa abandonó el reyno de su hermano, no puedo menos de convenir en que tuvieron razon sus enemigos para acusarla de ligereza. — Pero sus enemigos, replicó Jorge, ¿pusieron sus motivos en la balanza de la equidad? ¿Se tomaron siquiera el trabajo de examinar si tenia algunos que pudieran sincerarla?—Verdad es que estaba á punto de ver morir á las crueles manos de un infame verdugo á su principe amado; y debe creerse, á lo menos, que no

tomó el partido de la fuga , hasta haber empleado , sin éxito , las solicitudes , y las lágrimas. — Por mí , repuso el caballero , me encolerizo algunas veces contra Cepion , delator de Alexandro... Pero ¿ qué opinais sobre la accion que hizo para lavar su indiscrecion? Bien sabeis que , en el momento que iban á executar la sentencia contra el infeliz Alexandro , atravesó por entre una guardia numerosa para llegar al cadahalso ; que mató al verdugo ; y que , habiéndole dado una espada al príncipe , se defendieron contra mas de dos mil hombres , y se escaparon. — Admirable es la accion : me recreo con imaginarme la rabia del rey de Armenia ; y conozco quanta debió ser la violencia de su despecho , quando , despues de haber aprisionado segunda vez á Alexandro , supo

que aquel príncipe habia roto sus
hierros, y huido con su hermana.”

CAPÍTULO XXXIV.

*Se emprende una conversacion que no
se acaba.*

Interrumpió á Arabela un criado, que llegó á noticiarla la venida del Baron. Carlota voló al encuentro de su padre. Arabela, menos viva, anduvo con lentitud, y dió tiempo al caballero para hablar con ella algunos instantes mas. »Me persuado, señora, la dixo, á que experimentais una conmocion tierna quantas veces leeis la historia del desdichado Alexandro: el espectáculo de la muerte que le preparaban era horroroso: es verdad; pero ¡quán glorioso sufrirla por el objeto que adoraba, y mas

sabiendo que la princesa Artemisa, lastimada de su suerte, le consagraria pesares y lágrimas! No le tengo lástima, porque, despues de la dicha de poseer lo que se ama, no conozco otra mayor que la de morir por el mismo objeto.

Arabela, embelesada de oír un lenguaje tan conforme á su modo de pensar, miró al caballero con un modo, y con una sonrisa, que ponía patentes todos los atractivos de su persona.—„No podeis hablar, le dixo, mas racionalmente; y no tengo duda en que amais algun objeto capaz de comunicaros sentimientos tan nobles.— Confieso que mi corazon está sujeto con las ataduras del amor... Amo á una persona que reúne en sí todo lo mas bello que sabe formar la naturaleza; pero solo me es permitido suspirar por ella en silencio.— Pu-

diera no ser exácto el retrato que haceis de la que amais , porque los amantes no ven como los demas.

»Cortóse este diálogo por la llegada del Baron á abrazar á su sobrina. Arabela lo tranquilizó sobre el cuidado del enfermo , y lo llevó á su quarto. Glanville recibió á su padre con la expresion mas viva y afectuosa ; le dió gracias de lo que por él hacia ; y riñó á su hermana por el susto que le habia ocasionado. El padre , alegrísimo de encontrar á su hijo convaleciente , manifestó á Arabela quan agradecido la estaba por el cuidado que habia tenido de su salud. Nuestra heroina , creyendo que las gracias tenian por cimiento la orden de sanar que habia dado á Glanville , se corrió , y dixo luego : »Os aseguro , Tio mio , que debe tanto á la naturaleza , como

á mi benignidad ; y aun pudiera yo asegurar que no es tan obediente como algunas personas que pudiera nombrar." Glanville, para atajar preguntas , desmenuzó á su padre los principios , progresos , y fines de su mal ; pero el Baron, en habiendo escuchado á su hijo , preguntó á su sobrina ¿ por qué acusaba á su primo de desobediencia ? ¿ Se ha rebelado contra los médicos ?—No ; pero si hubiera executado mis ordenes , menos hubiera sufrido.— ¿ Tienen tus ordenes, sobrina mia , virtud para operar curaciones ?—No en general ; pero, como se trata de Glanville, es un caso particular.—Me parece , dixo el anciano riéndose , que mi hijo te ha obedecido muy bien ; pero temo que le des ordenes contrarias ; y así te hago responsable de su vida.— ¡ Qué imperio tiene la hermo-

sura! dixo el caballero Jorge en un tono de íntima persuasión: ¡Qué diestras son las mugeres para conciliar las cosas mas opuestas! Si se las oye, no tienen culpa de las muertes de los que envian á la sepultura los pesares de no ser amados: sobreviene una calentura; puede desvanecerla sola una palabra; se rehusa; y el enfermo espira. No hay cosa mas comun que estos acaecimientos; pero no concibo como puede el corazón de una muger exercitar semejante tiranía, sin que lo pacosen los remordimientos.

Rieron mucho el Baron y Carlota de la gravedad de Jorge; y Glanville, aunque resentido de oír burlarse de Arabela, tuvo que morderse los labios para no reirse. Solo Arabela no cayó en la burla, y dió nuevos motivos al caballero

para agradarla, y divertirse. »Re-
 celo, le dixo Arabela, que sois de
 aquellos que llaman severidad lo
 que las mugeres honradas llaman
 decencia: sin duda no alcanzais
 quan ofensiva es una declaracion
 indiscreta: nombradme un solo de-
 linquente que no se haya hecho el
 mismo justicia. Si una sensibilidad
 demasiada causa enfermedades, y
 aun muertes, ¿es, acaso, culpa de
 la dama ofendida? Es injusto atri-
 buir al abuso de su poder un su-
 ceso que es la conseqüencia de un
 delito. — Vuestra eloqüencia, se-
 ñora, vuelve buenas todas las cau-
 sas de que quereis encargaros; pe-
 ro como soy interesado en desear
 la seguridad de mi sexô, permitid-
 me que sostenga, que un hombre
 no merece ser aborrecido, si tiene
 arte para ocultar su passion. — Pe-
 ro luego que se atreve á decla-

rarla , sale de los límites del respeto , y su presuncion merece un rigoroso castigo.— Si las mugeres (entendiendo de las que hablamos) hiciesen distincion entre los que las adoran en silencio , y los que no reconocen el poder de sus atractivos , se ahorrarian el disgusto de oír declaraciones ofensivas ; pero quando los cuidados , las atenciones , las ansias , los suspiros , y , en fin , quanto el amor mas vivo puede expresar , no vale á un amante apasionado mas que signos de indiferencia , debe presumir que su idioma mudo no se entiende ; y me parece que entonces no tiene otro partido que tomar que el de declarar sus tormentos á la que los ocasiona , y hacer sus esfuerzos para moverla á sensibilidad. — Ese medio , señor , es el menos prudente que puede elegir ; porque , le-

jos de adelantar , atrasa sus progresos ; se expone á perder la ocasion de ver á su amada ; de admirarla ; y de recibir sus ordenes ; y sacrifica una felicidad sólida á una incertidumbre ; se muestra falto de conducta , de prudencia , y aun de razon ; y debe ser castigado , ó como un loco , ó como un insolente.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE
ESTE TOMO.

CAPÍTULO PRIMERO. <i>Idea de la Corte, y educacion de una muger á la moda,</i>	Pág. 1
CAP. II. <i>Descripcion del vestido de una muger de moda, y principio de una aventura, que parece que promete mucho.</i>	3
CAP. III. <i>Continuacion de la aventura.</i>	13
CAP. IV. <i>Comentario muy extraño sobre un hecho naturalísimo, y acto de humanidad de parte de una dama.</i>	19
CAP. V. <i>Aunque terminada la aventura, parece que todavia promete algo.</i>	24
CAP. VI. <i>Fin de la aventura, pero</i>	

	<i>no como el lector la esperaba.</i>	32
CAP. VII.	<i>Contradicciones bastante felizmente conciliadas.</i>	38
CAP. VIII.	<i>Equivocacion rectificada sobre un punto de ceremonial.</i>	48
CAP. IX.	<i>Amante severamente castigado.</i>	54
CAP. X.	<i>Incidentes importantes.</i>	65
CAP. XI.	<i>Conversacion sábia interrumpida inoportunamente.</i>	80
CAP. XII.	<i>Discurso de Orondates, que contiene un exemplo admirable del verdadero patético, y la aventura de los libros.</i>	87
CAP. XIII.	<i>Continuacion de la aventura de los libros.</i>	98
CAP. XIV.	<i>La aventura de los libros felizmente terminada.</i>	104
CAP. XV.	<i>Incidente naturalísimo.</i>	107
CAP. XVI.	<i>Visitas de duelo.</i>	111
CAP. XVII.	<i>Acaecimientos ordinarios expuestos á nueva luz.</i>	124

CAP. XVIII. Historia de la in-	136
glesa Groves.	136
CAP. XIX. Cosas que el lector no	141
aprobará ciertamente.	141
CAP. XX. Fuegos Olímpicos.	146
CAP. XXI. Su principal mérito	153
está en acabar con una exce-	
lente sentencia.	153
CAP. XXII. Confianzas curiosí-	160
simas.	160
CAP. XXIII. Aventura peligrosí-	169
simas.	169
CAP. XXIV. La heroína felizmente	181
puesta en salvo.	181
CAP. XXV. Conversaciones de que	197
el lector tomará lo que le	
agradáre.	197
CAP. XXVI. Conferencia mages-	204
tuosa.	204
CAP. XXVII. Conferencia termi-	209
nada.	209
CAP. XXVIII. Experimenta la he-	212
roína un contratiempo.	212

CAP. XXIX. Instrucciones curiosas.	217
CAP. XXX. Mucho heroismo.	222
CAP. XXXI. La heroína sospechada de insensible.	231
CAP. XXXII. Que, á lo que se presume, causará en el lector varios efectos.	235
CAP. XXXIII. Manifiesta la heroína que tiene conocimientos astronómicos.	242
CAP. XXXIV. Se emprende una conversacion que no se acaba.	253
181	
187	
190	
199	
200	
209	
212	